Joaquín García y García y José Trinchant

A LA ORILLA DE LA MAR

Astracanada veraniega en tres actos,

original y en prosa



MURCIA
Imp. de EL LIBERAL
1919

JOAQUÍN GARCÍA Y GARCÍA Y JOSÉ TRINCHANT

A LA ORILLA DE LA MAR

Astracanada veraniega en tres actos,

original y en prosa



MURCIA
Imp de EL LIBERAL
1919

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARIQUITA (25 años)	Luz Indarte
FILOMENA Berruga (50 años)	Pacheco
EDUVIGIS (40 años)	Sánchez
ROSITA (30 años)	Menéndez
FRACISCA (28 años)	Albalat
CANDIDO Palomo (30 años)	Alpuente
RAMON Peregil (27 años)	Nicolau
DON LEON Berruga (60 años)	Indarte
PRINCIPE ALCACHOFAKUFF (50 años)	Sánchez
DALMAU Tarrasa (45 años)	Santacana
PEPITO Jopo (23 años)	Abad
EL SECRETARIO, KAKE (35 años)	Díez
MISTER PLUM (45 años)	Novajas
EL DUEÑO del Hotel (45 años)	Coduras
CAMARERA	Caballero
BAÑERO 1.°	Coduras
BAÑERO 2.°	Serrano

La acción en una playa del Norte.—Lugar, el que convenga.
Época actual.

Esta obra fué estrenada, con extraordinario éxito, en el Teatro Ortiz, la noche del 30 de Mayo de 1919.

ACTO PRIMERO

DECORACION.—Terraza de un Hotel de 1.ª clase, con vistas al mar. Al fondo, una balaustrada de columnas y telón marino. Lateral izquierda (del actor), fachada del Hotel, con una pequeña escalinata y puerta practicable. Lateral derecha, arbolado. Sillones de mimbre, mesita de café, sillas de mimbre, etc. Todo con gusto.—Es la mañana de un día de Julio. La escena está desierta. Un mozo cruza el escenario con dos maletas y penetra en el Hotel. Le sigue CANDIDO; hombre de unos 30 años, alegre, bien vestido; lleva un impermeable que dejará sobre una silla y que recogerá después al marcharse. Admirará el paisaje.

CÁNDIDO. —Gracias al Todopoderoso y al expres ya me encuentro alejado de aquel Madrid veraniego con sus cincuenta y tantos grados sobre cero tan irresistibles. Este es un lugar adorable y tranquilo donde he de poseer la paz que necesita mi espíritu. Aquí me dedicaré al cultivo de mi inteligencia, a la bella producción literaria. ¡Ah, Cándido Palomo, has caído en un nido de bellezas! *(Sale Dueño del Hotel. Hombre feo y algo jorobado.)* (¡Demonio y qué tío más feo!)

DUEÑO. —Caballero...

CÁNDIDO. —Señor mío...

DUEÑO. —¿Es V. el señor que acaba de llegar? El dueño de las maletas, ¿no es eso?

CÁNDIDO. —Eso es.

DUEÑO. —¡Ay, cuánto lo siento, caballero! ¡No tengo un cuarto!...

CÁNDIDO. —¡Repeseta! ¿Qué dice V., hombre?

DUEÑO. —En este momento tengo todo el Hotel completo. Mas no se apure: para el tren de las doce se desocupará un cuarto y podrá meterse en él.

CÁNDIDO. —(Respiro.) Perfectamente.

DUEÑO. —Mientras tanto puede, si gusta, pasar al cuarto de baño para asearse.

CÁNDIDO. —Una pregunta: ¿es V. el encargado?

DUEÑO. —¡Oh, por Dios, no señor! Soy el dueño. Hace ya 20 años que me establecí. Aquí concurre lo más «chic» del turismo, ¡Ah! En mi casa—suya desde este instante—encontrará un trato esmeradísimo. ¿Las comidas? Sabrosísimas. ¿El confort? Riquísimo. Y esto hace que aquí no venga más que gente...

CÁNDIDO. —Riquísima, ¿verdad? Bueno, pues me alegro tantísimo.

DUEÑO. —Precisamente, señor. Mi nombre es muy conocido y mi crédito tiene puerta abierta... *(Invitándole a entrar.)* Pero, ¿no pasa usted?

CÁNDIDO. —Adelante. ¿Dónde puedo lavarme?

DUEÑO. —En el baño... Sígame, por aquí. *(Mutis por el hotel.)*

CÁNDIDO. —Ya me iba jorobando este hotelero. Vamos a lavarnos y a escribir después a mi mujer, que aguardará impaciente mi carta.

RAMÓN. —*(Sale 2.° término derecha)*. ¡Chist! ¡Chist! ¡Avecilla, Avecilla! ¿Pero hombre, estás sordo?

CÁNDIDO. —Eh, ¿quién?

RAMÓN. —Perdone V., me he confundido. Creí que era mi amigo don Cándido Avecilla...

CÁNDIDO. —Como si lo fuera. Desde este momento cuente usted con mi amistad. Mas tenga en cuenta que si su amigo es Cándido, Cándido soy yo también; pero Palomo, no Avecilla.

RAMÓN. —Pues tanto gusto y correspondo con su fineza. Es que a mi amigo le estoy esperando. Puede que arribe de un día a otro, y como el tren ha poco que ha llegado...

CÁNDIDO. —Precisamente; en ese tren he venido yo,

RAMÓN. —De Madrid, quizá. ¿Y viene V. solo?

CÁNDIDO. —Sí, señor. Vengo de la Corte y con dos maletas...

RAMÓN. —También soy yo de allá; hace unos quince días que estoy aquí.

CÁNDIDO. —¡Admirable! ¿Sabe usted que esto es muy delicioso?
RAMÓN. —Una maravilla. Claro que esto no es ningún San Sebastián, ni el Sardinero siquiera. Pero siempre la estación de verano en las playas es una delicia.
CÁNDIDO. —Y lo podemos decir; que estamos en la estación...
RAMÓN. —¡De las delicias!
CÁNDIDO. —Eso es. ¡Qué lugar más admirable!
RAMÓN. —¡Qué mar! ¡Qué cielo!
CÁNDIDO. —Ah, sí. Mar y Cielo. Ya lo dijo Guimerá...
RAMÓN. —Yo frecuento esta playa desde hace tres años, y le hago una propaganda extraordinaria. Además, en este balneario hay combinaciones estupendas.
RAMÓN. —Ah, ¿sí?
CÁNDIDO. —De primera.
DUEÑO. —Vienen unas chicas preciosas y unas viuditas jóvenes con capital, que sporrean. En seguida que haga amistad con alguna, proyecte un viaje, una excursión férrea por los alrededores; toman Vdes. un coche...
CÁNDIDO. —¡De primera!
RAMÓN —Eso es, y a correr, Sr. Palomo. ¿Usted es juerguista?
CÁNDIDO. —Toda mi vida.
RAMÓN. —Pues lo va a pasar aquí de rechupete. ¿Ve V. todo este ámbito? Hágase cuenta que es el Paraiso.
CÁNDIDO. —¿Con sus Adanes y todo?
RAMÓN. —Ajajá. Saldremos en balandros.
CÁNDIDO. —Balandrearemos.
RAMÓN. —Nos bañaremos?
CÁNDIDO. —Conforme.
RAMÓN. —¿Usted nada?
CÁNDIDO. —¡Nada!
RAMÓN. —Pues el corcho irá con V... No le molesto más.
CÁNDIDO. —¿Molestarme? ¡Nunca!
RAMÓN. —Pero qué casualidad; confundirle a V. con Avecilla, siendo V. Pichón.
CÁNDIDO. —¡No, no! Pa-lo-mo.
RAMÓN. —Usted perdone; pero es que de Pichón a Palomo...
CÁNDIDO. —Va la lactancia. Tome mi tarjeta.
RAMÓN. —Ahí va la mía.
CÁNDIDO. —Ramón Peregil de Aragón.
RAMÓN. —Cándido Palomo de Corral.

CÁNDIDO. —Pues hasta la vista, Señor Peregil. *(Mutis al Hotel)*

RAMÓN. —Hasta después, Señor Palomo. ¡Hombre! Ahí viene mi *dama* de anoche. Y cómo llamarla? Si no lo sé. ¿Será Lola? ¿Será Juana? ¡Ah, si fuera Juana! Mi dama Juana... Ya sale. ¿Y cómo la prologueo? Aprovecharé este ambiente tan marino para sentirme Calderón de la Barca...

MARÍA. —*(Sale del Hotel)* (Mi pretendiente de anoche). ¡Ay!...

RAMON. —¿A dónde va mi sirena?

MARÍA. —¡Virgen Santa! ¿Usted aquí?

RAMON. —Sí, señorita; aquí estoy desde anoche...

MARÍA. —¿Desde anoche aquí?

RAMON. —Sí, señorita. (Nada, yo me arranco. Pecho al agua, Ramón,) ¿Por qué tiene V. esa cara de serafín?

MARÍA. —¡Ay, Dios mío! ¿Que tengo yo cara de Serafín? Cababallero V. me confunde.

RAMON. —¿Por qué vino V. al mundo con esa belleza tan tentadora? ¡Qué cara más soberbia tiene V.!

MARÍA. —(Me lo ha conocido.) ¡Yo!

RAMON. —Sí, señorita. ¿Quiere V. decirme de dónde viene?

MARÍA. —(Que curioso.) ¿No lo ha visto V.? Pues, del Hotel.

RAMON. —Usted me engaña, señorita. Usted viene del huerto. Sí; esa cara es la misma del Angel de la Oración.

MARÍA. —(Ay, como me gusta esto.) Es V. muy irreverente.

RAMON. —¿Quiere V. decirme cuál es su nombre para que yo lo esculpe en mi imaginación y cante sus bellezas en octavas reales?

MARÍA. —(María, has dado con tus sueños. Tienes delante a un búcaro con un olor a poesía que marea.) ¿Y para qué quiere usted saber el santo de mi nombre?

RAMON. —Para la octava.

MARÍA. —No se impaciente; ya se lo diré.

RAMON. —No, ahora; lo exige mi pasión.

MARÍA. —No sea V. pesado.

RAMON. —Es preciso, mi sol.

MARÍA. —Mi fa... mi familia, que viene. Yo me llamo María de la O Berruga del Palmar. ¿Y V.? ¡Pronto!

RAMON. —Ya decía yo que su nombre sería una golosina.

MARÍA. —¿Cómo?

RAMON. —¿María de la O? ¡Oh! ¡El Dulce nombre de María! *(Entrega la tarjeta a María que le dió Cándido.)*

MARÍA. —¡Adiós, márchese! ¡Que no nos vean! *(Leyendo la tarjeta, que guardará en el pecho.)* (¡Cándido Palomo!) ¡Adiós, que es V. mi sombra!

RAMON. —Y V. mi sol.

MARIA. —¡Ande, pronto, márchese, que viene mi mamá!

RAMON. —Ay, Mariquita ¡que hermosa eres! *(Váse segundo término izquierda.)*

MARIA. —Pues, señor, me parece que a este Palomo, con mi garbo y con mi gracia, le he atontado. ¡Ay, Cándido, Candidito! ¡Qué bonito es el nombre!

FILOMENA —*(Sale del Hotel.)* Pero hijita, ¿a dónde has ido?

MARIA —Os estaba aguardando aquí.

FILOMENA —Y nosotros recorriendo el Hotel. Tu padre viene como para pisarle un juanete. Ya sabes lo impaciente que es.

MARIA. —Mamá, ¿y qué falta hacía ahora sacar el juanete? ¡Siempre tan prosáica!

FILOMENA —Déjate ahora de lirismos y toma la ropa del baño.

MARIA. —Trae, mamá.

LEON. —*(Dentro.)* ¡Maldita sea! Está V. dispensado, hombre; pero es preciso también tener ojos en los pies. ¡Hum! *(Sale D. León del Hotel.)*

FILOMENA —¿Qué te ocurre? ¿Qué te ha pasado?

LEON. —Nada, ¡una tontería! Que un camarero me ha dado un pisón en el mismísimo juanete; ¡si te parece! ¡Recontrafuerte! ¡Si a poco me accidento!

MARIA. —(Y dale con el juanete.)

FILOMENA —(Nos hemos caido.)

LEON. —¡Rayos y centellas!... ¡Qué calor! ¡Esto es inaguantable! He bebido un poco de agua y ¿ves? mi cabeza parece un surtidor. ¡Qué desayuno, cielos! He pedido chocolate y me han servido una disolución de belladona.

FILOMENA —Haber pedido cacao.

LEON —Cacao, cacao. ¡Es lo que me faltaba!...

FILOMENA —Pero hombre, ¿qué es lo que tienes?

LEON. —Tengo... ¡tengo un humor de dos mil Mefistófeles! ¿Te parece la horita del baño? Las ocho y media.

FILOMENA —¿Es tarde?

LEON. —¡Tardísimo! ¡Y que tenga que aguantar esto un coronel!

MARIA. —Papá, si es la hora oficial.

LEON. —¿Oficial? ¡Déjate de oficiales ahora!

FILOMENA—Todo puede arreglarse. Mañana te bañas tú temprano, y nosotras lo haremos después.

MARIA. —¡Eso es! Ya sabes que en el Balneario, los pollos han tomado la hora de mi baño como la oficial. Así lo dicen todos: ¿es ya la hora del baño de María?

LEON. —Por lo visto queréis que yo tenga que desplumar a algún pollo.

MARIA. —¿Por qué dices eso, papá?

LEON. —Porque yo no quiero que ningún «vivo» a mi hija la enseñe a hacer el muerto, ¡ea!

FILOMENA—Como si eso tuviera algo de particular.

LEON. —¡Vaya si tiene!

MARIA. —Pues yo quiero aprender a nadar.

LEON —Pues aprendes con calabazas.

MARIA. —Pero papá, si lo que a mi me hace falta es que me entrenen....

LEON. —¿Que te entrenen? ¡Calabazas he dicho!

FILOMENA—¡Jesús qué genio!

MARIA. —(¿Y mi Cándido? ¡Ay, Palomo mío, me temo un desaguisado con el genio de mi padre!)

LEON. —Vamos, vamos, que aquí hace un calor insoportable. ¡Yo me derrito! *(Vánse los tres por la derecha)*

CANDIDO. —*(Sale del hotel)* Bueno; lavado y desayunado. Ahora a escribir a Francisca. ¡Pobrecilla! Estará con sus padres hecha una pastora. Menos mal que nuestra separación será cosa de quince días. ¡Camarera!

CAMARERA—*(Sale del hotel)* ¿Qué desea el señor?

CANDIDO. —Déme V. un recado...

CAMARERA—¿Cómo?

CANDIDO. —Recado de escribir.

CAMARERA—Al instante. *(Váse al hotel)*

CANDIDO. —Ya comienzan a ensanchárseme los pulmones con este ambiente tan yodado.

(Eduvigis y Rosita salen del hotel)

EDUVIGIS. —Sí, Rosita, tomaremos en esta terraza el desayuno.

ROSITA. —Aquí hace mucho más agradable.

CANDIDO. —Ya está aquí la chica, ¡gracias a Dios!

CAMARERA—Aquí tiene, señor, el recado. ¿Desea algo más?

CANDIDO. —Nada, gracias.

ROSITA. —¡Oiga! Tráiganos aquí el café.

CAMARERA—¿Solo?

ROSITA. —A mí con leche.

EDUVIGIS. —A mí con leche y media.

CAMARERA—En seguida, señoritas. *(Váse al hotel)*

CÁNDIDO. —«Mi queridísima mujercita Francisca»...

EDUVIGIS. —Oye, ¿no te has fijado en ese caballero?

ROSITA. —No le conozco. Debe haber llegado esta mañana.

EDUVIGIS. —¿Será algún nuevo veraneante?

ROSITA. —Calle, no sea que nos oiga. Vuelva la hoja.

CÁNDIDO. —*(Vuelve la hoja del papel que escribe)* (Hombre, ¿dos señoras? Si las viera el conocido de esta mañana.)

EDUVIGIS. —Es distinguido el joven, ¿verdad, Rosita?

ROSITA. —Sí; eso veo.

EDUVIGIS. —Y es joven y apuesto.

CÁNDIDO. —«Apuesto esposa mía, que estarás desconsolada sin mí»...

MOZO. —El desayuno, señoritas.

EDUVIGIS. —Está bien. Vamos a desayunar.

PEPITO. —*(Viene de la derecha, segundo término)* Buenos días, amigas queridas.

EDUVIGIS. —Querido Pepito...

ROSITA —¿De vuelta del baño?

PEPITO —No; hoy todavía no me he acercado a la playa. Iré más tarde, cuando ustedes vayan...

EDUVIGIS. —En cuanto haga la digestión del desayuno, cuente usted que me zambullo entre las olas.

PEPITO. —¡Hola, hola! Bueno. Y va de noticias. ¿Ignoran ustedes los nuevos acontecimientos que se avecinan en este delicioso retiro?

ROSITA. —¿Acontecimientos en el Retiro?

EDUVIGIS —¿Qué es ello? Sepamos

PEPITO. —Pues dentro de unas horas, quizá antes, se codeará entre nosotros un grande hombre.

EDUVIGIS. —¿Algún Goliart? ¡Díganos!

PEPITO. —El miembro de una familia real de Sinacria, del reino de Polonia: el Príncipe Ernesto Alcachofakuff de Guisanteberg!

EDUVIGIS. —Me deja usted estática.

ROSITA. —¡Y a mí asombrada! ¿El Príncipe de Guisantsberg? ¡Habrá que ver!

EDUVIGIS. —¿Y Alcachofakuff?

PEPITO. —Como suena.

ROSITA. —¿No será una broma de usted?

CÁNDIDO. —¿Cómo se pronunciará «Escacharrongüe?»

PEPITO. —¡Como suena!

CÁNDIDO. —¡Gracias!

PEPITO. —Ahora mismo he visto al Secretario del Príncipe que llega con el equipaje. Pero...

EDUVIGIS. —¿Qué?

ROSITA. —¿Eh?

PEPITO. —Hay que guardar mucha reserva. El Príncipe está amenazado de muerte.

CÁNDIDO. —¡Hatchist!...

ROSITA Y EDUVIGIS. —¡¡Jesús!!

CÁNDIDO. —¡Gracias! (Pero qué gente más atenta)

PEPITO. —He sabido por el jefe superior de policía que no tardará en llegar, con objeto de no quitarle ojo al Principe, el ya célebre y diogénico detective inglés Mister Plum.

EDUVIGIS. —Entonces...

PEPITO. —Hay que andar con pies de plomo, porque si se presentara aquí el anarquista y ¡zás!...

EDUVIGIS. —¡Por el Hacedor! ¡Cállese, por Dios, Pepito!

ROSITA. —Sí que es una noticia.

EDUVIGIS. —Que nos ha caído como una bomba.

CÁNDIDO. —(Hombre, si viniera el amigo de esta mañana le invitaría a un vermouht.)

ROSITA. —Es, yo me voy a mi cuarto. *(Váse al hotel.)*

PEPITO. —¡Adiós, Rosita! Y no tenga usted miedo. Ya sabe que soy aficionado a lo nickarteresco y yo sería un gran elemento de ayuda al gran Plum. *(Váse por el hotel.)*

EDUVIGIS. —Adiós, Pepito. !Vaya un veraneo que se nos presenta! ¡Un Príncipe! ¡Un anarquista!... ¡Dios! ¿Será este algún...?

CÁNDIDO. —(Anda, ¿pues no se me tima de un modo descarado?)

EDUVIGIS. —(Ay, que me mira.)

CÁNDIDO. —(Con razón decía Peregil, que hay aquí cada cosa...)

EDUVIGIS. —(Y es el caso que se suelen presentar muy bien vestiditos.)

CÁNDIDO. —(No es mala mujer... ¡Lástima que esté tan metida en carnes!)

EDUVIGIS. —(¡Cómo me mira! Yo me marcho.) *(Váse al hotel.)*

CÁNDIDO. —(Esa señora me está diciendo con el ojo que la siga. Pues la sigo. ¡Esto sí que es llegar y besar el santo!) *(Váse al Hotel.)*

RAMON. —*(Sale segundo término izquierda.)*

«Eres María Berruga, una delicia;
eres mi sol y dicha soberana.
He de admirar tu cuerpo esta mañana
sobre las verdes aguas de la mar...»

¡Hombre! Estas aguas no me sientan bien. Pondré olas. ¡Ole! Así estará mejor y como suele decirse: me quedo entre dos aguas. En fin, yo se las mando así. *(Mutis por la derecha.)*

PEPITO. —*(Sale del Hotel.)* Vamos al baño y al mismo tiempo inspeccionaremos. *(Váse por la derecha.)*

CÁNDIDO —*(Sale del Hotel.)* ¡Caramba y qué coqueta es esa mujer! Me hace señas para que la siga, y luego me da con la puerta en las narices. Adelante. Veré si encuentro algún sitio que sea de mi agrado. ¡Hombre, el amigo Peregil conversando con una bañista! Me acercaré a ellos. *(Váse por la derecha.)*

DALMAU. —*(Por la derecha, primer término.)* ¡Moso! ¡Eh, moso! ¿Pero es que aquí no hay mosos? ¡Esto no sucede en Barselona! An Barselona se dan dos palmadas y se presentan sinco sientos mosos. ¡Qué barbaritat! ¡Mosooo!

DUEÑO —*(Saliendo del Hotel.)* ¿Qué desea el señor?

DALMAU. —Una habitasió para el equipache y para mí ¿Comprende, noy?

DUEÑO. —Pues no va a ser pesible.

DALMAU. —¿Per qué?

DUEÑO —Porque no hay habitaciones disponibles en este momento.

DALMAU. —¡Válgame Cambó! Pues yo tengo necesitat de quedarme an este Hotel, sea como sea, ¿sabe? Dormiré en el pasillo, no pase pena, ¿sabe? (¿Mas estaré

equivocado?) Ascolte, moso, ¿aqueste Hotel, no es el más aristocratit de la costa?

DUEÑO. —¡Sí; señor!

DALMAU. —¡Pués, a toda costa, no tiñ mes remei que quedarme aquí!

DUEÑO. —Bien. Tenga la bondad de pasar y veremos de arreglarlo. Deme V. el maletín.

DALMAU. —No, grasies; yo lo llevaré.

DUEÑO. —¿Para qué molestarse el señor?

DALMAU. —Me pareis que voy a molestarme como insista. Esta prenda tiene que ir conmigo, ¿sabe? ¡Vamos, fíquese dins! *(Ambos al Hotel.)*

MARIA. —*(Por la derecha, segundo término.)* «Queridísima Sílfide: Es V. una indina. ¿Como? Ah, sí, ondina; he leído mal. Es V. una ondina que ha llevado mi corazón al suplicio. Me regocijo en pensar que mis palabras le produzcan emoción; que suspirando, su pecho se conmueva. ¡Ay, sí, tome V. a pecho mi epístola, que más tarde, *tete a tete*, le daré esplicaciones acabadas de mi pasión hacia V.! No he olvidado la octava. Ahí va y V. perdone.

«Eres María Berruga, una delicia;
eres mi sol y dicha soberana.
He de admirar tu cuerpo esta mañana
sobre las verdes aguas de la mar.»

Como ve, no me ha salido la octava ofrecida; me he quedado en una cuarta, porque la poesía me hace sudar el quilo. Hasta luego, sultana mía. La quiere mucho, su esclavo.» Descuida que esta siesta cuando apriete el calor, tu amor te escribirá dulces palabras.

ROSITA. —*(Sale del hotel.)* ¡Hola, querida! ¿Vamos a la playa?

MARIA. —Vengo de ella. Voy por los ilustrados.

ROSITA. —¿Solamente por los ilustrados?

MARIA. —¡Claro!

ROSITA. —¡No está claro! Esta mañana te he visto cruzar unas palabras con ese chico que veranea aquí. Te ví desde mi ventana.

MARIA. —¿Y dices que yo cruzaba?

ROSITA. —No; que estabas paradita y muy interesadita.

MARIA. —Púes, sí; ¿a qué negarlo?

ROSITA. —¡Ah!...
MARIA. —Cambiábamos nuestros nombres.
ROSITA. —¡Ah! ¿Sabes cómo se llama?
MARIA. —Sí, y escucha. Es el símbolo de la poesía, el complemento de la candidez; como yo soñaba. Se llama Cándido Palomo de Corral.
ROSITA. —Qué nombre más tierno.
MARIA. —Créeme: desde que lo he conocido, hablado y amado, deseo ser, de ese Palomo, su Berruga.
ROSITA. —Pero, ¿y tus padres?
MARIA. —Lo ignoran todo.
ROSITA. —Ya me lo figuro. Además, tu padre ya verás cómo le ha de poner peros a ese pollo d Corral.
MARÍA. —Excuso decirte. Mi padre se ha empeñado en casarme con el hijo de un rico hacendado de Montepintado.
ROSITA. —¿Montepintado?
MARIA —Sí. En la finca de Montepintado existe una higuera que es antiquísima; por eso la hacienda es conocida por la de la higuera.
ROSITA. —Pero el hijo de ese hacendado, ¿te quiere?
MARIA. —Dicen que me adora. Pero si yo me casara con él, sería un fastidio.
ROSITA. —¿Por qué?
MARIA. —Porque tendría que pasarme la vida en la higuera.
ROSITA. —¿Y si tu padre empeña en ese monte su deseo?
MARIA. —Ya ves qué contrariedad se me avecina.
ROSITA. —Y no cabe duda que tu padre D. León, como es tan fiera...
MARIA. —¡Ya lo sé!
ROSITA. —En el momento que sepa que Palomo revolotea por tus alrededores...
MARIA. —Ay... ¡lo despluma! ¡Bonito es mi padre! Pero yo no he de ceder. Yo me caso con Palomo aunque me hagan pepitoria. ¡Ay, Cándido, Cándido mío!
ROSITA. —(¡Jesús, y qué niña más tonta!) Bien, pues hasta luego.
MARIA. —Adiós, Rosita; nos veremos en el paseo y te presentaré a mi Cándido.
ROSITA. —Tendré mucho gusto. Adiós. *(Váse por la derecha segundo término).*

CÁNDIDO.—*(Sale por la derecha, primer término.)* (Nada, ¡que no veo a Perejil por ninguna parte! Y eso que es hombre Perejil que siempre está donde guisan... ¡La chica que hablaba con el conocido!)

MARIA.—(Si mi padre se durmiera bajo la sombrilla, podría escribir a mi Cándido. Voy a intentarlo.) *(Váse al hotel cruzándose con la de Gutiérrez que sale del mismo.)*

EDUVIGIS.—¡Adiós, Mariquita!

MARIA.—¡Adiós, adiós! *(Mutis.)*

EDUVIGIS.—(Caramba, mi desconocido perseguidor y enigmático de esta mañana.)

CÁNDIDO.—(¡Atiza! La jamona de antes; la de los guiños. Pues no te hago caso.) *(Mutis por la izquierda, segundo término.)*

EDUVIGIS.—Menos mal que ahora... *(Mutis por la derecha segundo término.)*

PEPITO.—*Pepito, Mister Plum y Kake por la derecha, primer término.)* No hay cuidado Mister Plum; en esta tranquila playa no puede ocurrir nada de extraño. Pero si sucediere algo, aquí me tiene usted para todo género de investigaciones.

PLUM.—Bien, joven, muchas gracias. Mi misión r quiere soledad y tranquilidad. Yo no pierdo las esperanzas de ganar las batallas. Yo tengo que hacerlo todo con la soledad y acariciado por la esperanza.

KAKE.—Entonces lo mejor será dejarle a V. con la soledad.

PLUM.—Hombre, ¿solo? Verá V.: necesito el auxilio de alguien a distancia. Detesto las cooperaciones de guardas. Cuando estoy en el campo, sobran los guardas. Y con objeto de comenzar mis trabajos, puede, si gusta, marchar a esperar al Príncipe, que no debe tardar.

KAKE.—De acuerdo.

PLUM.—!Ah! Y no digan a nadie que soy yo: porque yo, no soy yo; soy otro. *(Mutis Kake por la derecha primer término).*

PEPITO.—Comprendido. (Yo digo a todo el mundo que coopero con este hombre tan célebre).

PLUM.—Primero conviene enterarse de las personas que

se hospedan en el Hotel. Hay que desconfiar. Y usted, ¿cómo se apellida?

PEPITO. —Me llamo Pepe Jopo.

PLUM —Pues... Jopo, amigo Pepe; haga el favor de llamar a una camarera.

PEPITO. —En seguida. *(Mutis por el hotel)*.

PLUM. —Comenzaremos por aquí.

CAMARERA—*(Sale del hotel)*. ¿Ha llamado el señorito?

PLUM. —¿Ignorarás quién soy?

CAMARERA—¡Cá, no señor!

PLUM. —¿Cómo?

CAMARERA—Me lo ha dicho el señor Jopo cuando me ha llamado.

PLUM —Ah, ¿sí? (A ese Jopo le voy a poner los pelos de punta). Dígame, ¿cuántos viajeros han llegado esta mañana?

CAMARERA—Dos, señor Plum.

PLUM. —¡Sus señas!

CAMARERA—Uno de ellos llámase D. Cándido Palomo; viene de Madrid y parece una buena persona.

PLUM. —Bien. ¡El otro!

CAMARERA—Es el señor Dalmau Tarrasa; usa bigotes grandes; su mirada es torva...

PLUM. —¿Es torva su mirada? ¡Adelante!

CAMARERA—Lo que sí extrañé en el señor Dalmau es que siempre lleva consigo un maletín, que no abandona nunca, y cuando lo coje, dice: «toda precaución es poca».

PLUM. —¡Diantre! ¿Y en dónde está ese hombre?

CAMARERA—Lavándose.

PLUM —Basta. Márchese y gracias.

CAMARERA—¡Ya lo sabe! Cuando vea a un hombre con un maletín... *(Váse por el hotel)*.

PLUM. —¡Ni media palabra más! *(Pausa)*. ¿A ver? Me parece que la amenaza al Príncipe Alcachofakuff, de Guisanteberg no es una lenteja. Veamos. Decía el gran Nic Karter, mi querido compañero, que entre los anarquistas es costumbre usar los bigotes largos o luengas barbas, porque es indicio de ser hombre de pelo en pecho o con toda la barba. ¡Qué dato este! ¡Dato y muy importante! Y si no abandona nunca el maletín y dice a menudo «toda precaución es

poca», bien pudiera ser que en él guardara algún esplosivo. ¡Es posible! Deduciremos policíacamente: el del maletín no ha llegado aquí en el exprés, y sí más tarde, en el correo, para mezclarse entre los viajeros de otras clases. ¡Plum, no cabe duda! Ese anarquista es de los de primera! Sigamos a ese hombre. *(Mutis al hotel).*

PRÍNCIPE —*(Príncipe y Kake salen por la derecha, primer término).* Este es el Hotel, ¿verdad?

KAKE. —Sí, Alteza.

PRÍNCIPE. —Suprime honores y dime cuáles son mis habitaciones. Ah; pregunta si hay fruta. Ya sabes que es mi debilidad. Las peras de agua sobre todo. La boca se me hace una balsa sólo en recordarlas!

KAKE. —Si las hubiere, ¿se las traen aquí?

PRÍNCIPE. —No; las peras al cuarto.

KAKE. —Bien, señor; pues cuando gustéis...

PRÍNCIPE —Ve tu primero; quiero admirar un poco este panorama, que observo es muy delicioso.

KAKE. —¿No desea conocer sus habitaciones?

PRÍNCIPE. —Sí, desde luego; pero luego.

KAKE. —El caso es, señor, que...

PRÍNCIPE. —¿Qué?

KAKE —No sé si debo abandonaros...

PRÍNCIPE. —¿Y por qué?

KAKE. —Señor todo se lo hemos callado. Hoy debo decirle que...

PRÍNCIPE. —¿Quieres acabar de una vez?

KAKE. —Pues que antes de salir de Sinacria, el detective Mister Plum descubrió un complot que amenazaba de muerte vuestra vida real. Es decir, que vuestra real vida está en peligro.

PRÍNCIPE. —¡Repera! Eso que me dices...! ¡Es que mi cabeza...!

KAKE. —Es un polvorín, Alteza.

PRÍNCIPE. —Pues a este Príncipe no le da la gana, no le da la real gana de morir de un bombazo. Recoge otra vez nuestros bártulos y huyamos de aquí, Kake.

KAKE —No temáis; estamos entre buenas gentes y nos acompaña también el gran Plum.

PRÍNCIPE —Pero es preciso callar; que nadie sepa; que todo el mundo ignore. ¡Que venga ese Plum en seguida!

KAKE. —Ya está aquí.

PLUM. —*(Sale por el hotel).* Alteza, lo he oído todo; y ese miedo que poseeis...

PRÍNCIPE. —¿Miedo yo? A mi no me conoces tú. (Es preciso no demostrar pánico.) Yo no tengo miedo a nada. Claro que mi vida es preciosa. Pero mira, descúbreme al criminal y verás cómo corro...

PLUM. —¿Señor?

PRÍNCIPE. —Tras él, a desafiarle. Por algo soy de sangre azul.

PLUM. —Ah, ¿luego deseáis conocer...?

PRÍNCIPE. —A mi adversario.

PLUM. —Pues ya le tengo.

KAKE. —¿Es posible?

PLUM. —Es un anarquista feroz, fiera como ninguna...

PRÍNCIPE. —¡¡¡Acaba!!!

PLUM. —¡Está aquí! ¡Os acecha!

PRÍNCIPE. —Pero, ¿qué dices?

PLUM. —No hay cuidado; a ese hombre que os acecha, lo acecho yo desde hace unos instantes.

PRÍNCIPE. —¿Y piensa estar aquí mucho tiempo?

PLUM. —El suficiente para convertiros en harina lacteada, si encuentra ocasión.

PRÍNCIPE. —¡Caramba! Pue si tu crees en eso de la *harina lacteada*, más vale que me vaya a *Alhama.*

PLUM. —Es infantil el que penséis en eso. Id tranquilo al Hotel, Alteza, que yo velaré por vos hasta tanto pueda hacer que se arrodille a vuestros pies ese émulo de Rabachol.

PRINCIPE. —Gracias, Plum; pundonoroso Plum. Apuntaré tu obra con letras a la vista, de oro, en mi archivo real

PLUM. —¡Oh, gracias, Alteza, gracias!

PRINCIPE. —Si, como dices, llegas a salvarme la vida, por ese servicio te daré un real... nombramiento en mi secretaría particular

KAKE —(Demonio, mi destino lo veo en la papelera.)

PRÍNCIPE —Ya estoy tranquilo; nos endulzaremos la vida. Oye Kake, dame unos dulces de esa cajita; una yema para mi y otra para el señor

KAKE. —Tomad.

PLUM —(Ha dado en la yema el Príncipe, pues es lo que más me gusta.)

PRÍNCIPE. —Las yemas, son mi debilidad y para la debilidad. Prueba una de ellas.

PLUM. —¡Oh, no, gracias!

PRÍNCIPE. —¡Vamos, pruébalas!

PLUM. —¡Oh, señor!

PRÍNCIPE. —Vamos, tómala. ¡Cata, Plum!

PLUM. —Si os empeñáis.

PRÍNCIPE. —Son exquisitas.

PLUM. —Son muy ricas.

PRÍNCIPE. —Hasta luego. Nos veremos a menudo. Comerás conmigo. No quiero que te separes de mí.

PLUM. —¡Oh, su Alteza me honra!

PRÍNCIPE. —Y tú me guardas...

PLUM. —¡Señor!...

PRÍNCIPE. —Muchas consideraciones que no me convienen para no descubrir mi personalidad. Es preciso que seas más familiar conmigo. Conque, *Plum*, *Kake*, hasta la vista. Estoy muy contento. *(Vase al Hotel seguido de Kake.)*

PLUM. —Plum, como consigas ganarte la confianza de este Alcachofakuff, a Nic-Karter le estoy viendo vender chuletas de huerta toda la vida. *(Mutis por el hotel.)*

MARÍA. —*(Sale del Hotel.)* Ya está. Llamaré Aquí viene una camarera. Oiga, tome esta carta y entréguesela a don Cándido Palomo; pero cuidado. *(Váse por la derecha, segundo término.)*

CAMARERA—(Ya comienzan las aventuras.)

CÁNDIDO. —*(Sale del Hotel)* ¿Habrá llegado el correo? Dígame usted, ¿hay algo para don Cándido Palomo?

CAMARERA—Sí, señor, del interior. Ahora mismo acaban de entregarme esta carta para usted.

CÁNDIDO. —¿A ver?

CAMARERA—Tome usted. *(Mutis al hotel.)*

CÁNDIDO. —¿Una carta para mí? (Lee) «Amor mío: Me has embelesado de tal manera, que cual alondra hipnotizada por los reflejos brillantes de los espejuelos, a ti voy como el río va al mar; únicamente seré tuya. Temo a mi padre. No puedo ser más larga; ya lo seré otro día, y te escribiré largo y tendido. Mi padre fiera; mi madre víctima. Te adoro. Nos veremos unos instantes. Ay, ven y ven con sigilo. Adiós.

Tu M. B.» ¡Qué impulsiva! Nada; esta debe ser la de los guiños. ¡Qué demonio, no es gran cosa! Pero para pasar el rato, está bien. Son las once; tomaremos el vermouth.

FILOMENA —*(Salen por la derecha Filomena, Gutiérrez, María y don León.)* ¡Qué oleaje más perezoso! ¡La mar, cuánto me gusta! ¿Y a usted?

EDUVIGIS. —¡La mar!

CANDIDO. —(¡Anda, mi torpedeada!)

EDUVIGIS. —(Nada; ese hombre la ha tomado conmigo.)

LEON. —¿No habrá periódicos todavía?

MARÍA. —No, papá. (¿En donde está mi Cándido? ¿Le habrán entregado mi carta?)

LEON —¡Oh, como me aburro! No hago más que dormir. Estoy hecho un lirón. ¡Valiente veranito!

FILOMENA —Siempre te estás quejando. ¡Ay, qué hombre!

LEON. —Vaya, déjame en paz.

RAMON. —*(Sale por la derecha 2.º término)* (Ella.) *(Viendo a María.)*

MARÍA. —(¡El!) *(Mirando a Ramón).*

CÁNDIDO —(Hombre, mi amigo.) ¡Eh, Peregil! Venga acá.

RAMON. —¡Hola amigo mío! *(Se sienta en la mesa de Cándido.)*

CÁNDIDO —Siéntese a tomar una cerveza, hombre.

RAMON. —¿Qué, lo pasa usted bien?

CÁNDIDO. —¡Encantado! ¡Ya tengo una aventura!

RAMON. —¿No se lo decía a usted?

CÁNDIDO. —Y usted, ¿cómo anda con la suya?

RAMÓN. —¡Super! ¿Y quién es ese martirio?

CÁNDIDO. —Aquella.

RAMÓN —(Valor se necesita). Sí, la que habla con la mía.

PEPITO. —*(Sale del Hotel y va al grupo de don León.)* ¿Qué cómo andamos?

LEON. —Muy mal. ¡Estos juanetes! ¡Uf, qué calor!

EDUVIGIS. —Diga, Pepito, ¿ha llegado ya el Príncipe?

FILOMENA —Hombre, sí, díganos usted algo.

PEPITO. —Ya está entre nosotros. No tardará en salir.

MARIA. —(Cómo me arroba con su mirada).

PLUM. —*(Sale del Hotel.)* (Todavía no he dado con él) ¡Jopo, Jopi!

PEPITO. —Perdonen ustedes. Este señor es el detective Plum,

el célebre hombre. Ya ven ustedes cómo me llama.

PLUM. —¿No ha visto usted a un hombre con un maletín?

PEPITO. —No, señor.

PLUM. —Es preciso vigilarle.

PEPITO. —Vigilaré.

PLUM. —Ese hombre es el anarquista en cuestión.

PEPITO. —¿Ah, sí?

PLUM. —Sí; pero no hay que demostrarlo.

PEPITO. —Bien, bien.

PLUM. —Y ahora separémonos. *(Siéntase en otra mesita.)*

PEPITO. —*(Vuelve al grupo de don León.)* ¡Ah, es colosal! ¡Ya ha descubierto al criminal! ¡Piramidal! !Fenomenal!

EDUVIGIS. —¿Pero hay criminal?

TODOS —¡¡Criminal!!

PEPITO. —Y está en el Hotel

CÁNDIDO. —Esta carta que he recibido.

RAMON. —¿Hombre, a ver? ¡Muy bien!

MARÍA. —(Ya tiene mi carta.)

FILOMENA —¿Con un maletín?

PEPITO. —En donde suponemos que lleva la bomba.

EDUVIGIS. —¿Y a nosotros, no nos ocurrirá nada?

PEPITO. —¡Estando aquí mister Plum y yo, nada!

CÁNDIDO. —¡Cómo se me tima!

EDUVIGIS. —Nada, ese hombre no cesa de hacerme señas.

LEON. —Hombre, preséntenos usted a ese Plum.

TODOS. —Eso, sí, que nos lo presente.

PEPITO. —No sé si querrá; pero voy a intentarlo. ¿Quisiera usted hacer el favor de venir con nosotros?

PLUM. —Con mucho gusto. (Este estúpido me está descubriendo.) *(Va con Pepito al grupo de las señoras y de don León).*

PEPITO. —Tengo el gusto de presentar a ustedes al nunca bien ponderado genio de la policía particular, el gran Mister Plum.

LEON —¿Y es un hecho todos los temores que se sienten?

PLUM. —¡Ah, bien seguro! Pero no hay que tener miedo. Esos valientes cuando se ven delante de mi, se atemorizan.

RAMÓN. —Podemos corrernos a la mesa de al lado.

CÁNDIDO. —Como usted quiera. *(Así lo hacen.)*

DALMAU. —*(Sale del hotel con su maletín. Se sienta al lado*

de una mesa Receloso mirará a todas partes. María y Ramón se arrullan. D León se habrá dormido.) ¡Toda precaución es poca! *(Refiérese al maletín.)* ¡No me fío de nadie!

MARÍA. —¡Sí, te adoro, Cándido mío!

RAMON. —¿De veras? (¿Por qué me llamará cándido?)

MARIA. —Seamos prudentes; mi padre puede despertar.

RAMON. —¿Y dices que tiene mal genio?

MARIA. —De dos mil diablos. No me hables de eso ahora.

FILOMENA —Dígame *(a Pepito)* ¿y cuándo vamos a conocer a ese Príncipe?

DALMAU. —(¿Eh? ¿Un Príncipe aquí? ¡Mejor! Esto aumentará mi negocio.) ¡Mozo! ¡Camarera!

CAMARERA—(¡El anarquista!) ¿Qué... desea... usted?

DALMAU. —Oiga, miri, ¿es cierto que hay un Príncipe entre nosotros?

CAMARERA—(¿Qué le digo yo a este fiera?) No; si, no... ¡Voy, señor, voy! *(Váse por el hotel).*

DALMAU. —¡Habrá estúpida! Comenzaré la tarea. Voy a dirigirme a estos señores.

PLUM. —¡Sí, es ese! Pero disimulemos; para nosotros no hay peligro. Este hombre sólo busca al Príncipe. (Como este tío abra el maletín, me río yo del terremoto de la Martinica.)

DALMAU. —Señores... *(Al abrir el maletín todos salen corriendo de escena, por la derecha, menos Pepito que habrá quedado escondido.)* ¡Pero qué gente más imbésil! ¿Qué les pasará? Pues yo les sigo. *(Váse tras ellos).*

PEPITO. —*(Sale de su escondite.)* ¡Demonio! Esto se pone feo. Y el caso es que Plum está corriendo todavía... Ese hombre ha visto fracasado su intento, pero volverá. Pepe, prevee al Príncipe, ¡Ah! Aquí viene.

PRÍNCIPE. —*(Sale por el hotel acompañado de Kake.)* ¿En donde estará Plum?

PEPITO. —¡Señor!

PRÍNCIPE. —¿Quién? (La noticia de mi sentencia me tiene convertido en San Vito.) Qué quiere usted hombre?

PEPITO. —No tema usted de mí; soy su amigo, o como si dijéramos, su póliza de seguro.

PRÍNCIPE. —No le conozco bien.

PEPITO. —Señor, no hace muchos instantes se ha intentado cometer un atentado.

PRÍNCIPE. —¿A mí?

PEPITO. —A todos. Quizá, creyendo el terrible Orsini que usted estaba aquí.

PRÍNCIPE. —¿Pero no lo sabe, eh?

PEPITO. —Todavía no; pero le aconsejo a su real alteza que se guarde. ¡Guárdese!

KAKE —¡Pues sí que la cosa está que arde!

PRÍNCIPE. —Bueno; pero dígame...

PEPITO. —¡Guárdese! *(Mutis por el hotel.)*

PRÍNCIPE. —¿Oyes, has oido?

KAKE —Sí, guárdese.

PRÍNCIPE —Pero, ¿dónde estará Plum? Mira vámos a buscarle. Un Príncipe no debe ocultar nada a su secretario, y créeme, fiel amigo, estoy en este momento más nervioso que una motocicleta.

KAKE —Y yo. *(Mutis ambos derecha.)*

RAMÓN. —*(Sale por la derecha, rápidamente)* Seguramente me ha visto su padre, y con lo fiera que es don León! *(Mutis hotel.)*

LEON. —*(Salen don León, María, Rosita y Filomena por la derecha, 2.º término)* ¡Descaro igual! ¡Besarse ante mis barbas!

MARÍA. —Yo te juro... creí... pensé... que...

LEON —¡Besar a mi hija, a una Berruga de mi familia! ¡Y él! ¿Quién es él? Ha escapado sin verle yo la cara. ¡Dime quién es él para que yo pueda saciar mi cólera; para quedarme con algo suyo.

ROSITA. —(¡Qué ladrón!)

FILOMENA —Vamos, León, calma tus ímpetus; detén tu fiereza.

ROSITA. —Sí, don León, un beso no es más que una demostración cariñosa...

LEON. —¡Cállese usted, Rosita! No me haga consideraciones ahora. Soy de hierro. ¿Dime, cómo se llama ese hombre? ¡Dímelo!

MARIA. —¡Jamás! Le amo, le idolatro. ¡Soy suya! Le pertenezco desde anoche.

LEON. —¿Qué dices? ¿Que le perteneces?

FILOMENA —Por Dios Mariquita, aclara esos conceptos.

LEON. —Aparta, hija maldita, hija espúrea, malhaya seas. ¡Vete...! ¡Vete!

FILOMENA —¡Hija, hija mía, ven... ven conmigo!

MARIA. —(¡Ah! Cándido, por qué trances tan quininescos me hace pasar tu amor.) *(Vánse al hotel.)*

LEON —He de matarle.

ROSITA. —Vamos don León, escúcheme usted a mí. Lo hecho por María no tiene más explicación que un momento pasional, de desvarío. Ella ama a Cándido y Cándido ama a María. Se casarán y asunto concluido.

LEON —¿Se llama Cándido?

ROSITA. —Sí, Cándido Palomo.

LEON. —¿Con que Palomo?

PLUM —*(Sale rápido por la derecha.)* (Aun me dura el susto.) *(Mutis por el hotel.)*

(Don León hace manifestaciones de nerviosa excitación.)

ROSITA —Yo dejo a este hombre. Está como loco. *(Mutis al hotel.)*

LEON. —¿Quién será ese Palomo? ¿Ese ave? ¡María! ¡Hija mía, me la han besado!

PRÍNCIPE. —*(Sale por la derecha el Principe, corriendo.)* ¡Plum! ¡Plum!

LEON. —¡Repistola!

PRÍNCIPE. —¡Plum, Plum! Nada, que no me hace caso. *(Mutis al hotel.)*

LEON —¡Ah, si viera yo a ese sinvergüenza de Palomo! ¡Me lo comía!

CÁNDIDO —*(Sale por la derecha.)* Hubo dispersión general.

LEON —¿Quién será ese Cándido Palomo?

CÁNDIDO. —¡Caray! ¿Y quién me nombra a mí?

LEON. —¿Usted conoce a don Cándido Palomo?

CÁNDIDO. —¡Claro! Como que soy yo.

LEÓN. —¡Ah, pillo, tunante; defiéndase usted! *(Comienza a darle golpes. Cándido escapa por el hotel.)* A este Palomo yo lo empepitorio!

DALMAU. —*(Sale por la derecha.)* ¡Caballero!...

LEÓN. —¡El anarquista! *(Mutis al hotel.)*

DALMAU. —¿Por qué me huyen los [illegible]?

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

DECORACION.—«Hall» de hotel. Foro, galería de cristales. Laterales, 1.°, 2.° y 3.° términos, ambos lados. Puertas habitaciones, números 1, 2, 3, izquierda y 4, 5, 6, derecha (las del actor). Mesa con periódicos. Sillas, sillones de mimbre, butacas, etc. Acción, al siguiente día del acto anterior.

Rosita está en escena leyendo. Cándido aparece en la puerta del cuarto número 5, con un pañuelo en la cara.

CÁNDIDO. —Señorita, buenos días.

ROSITA. —Buenos los tenga usted.

CANDIDO. —(Si no estuviera por ahí mi verdugo, mi mamporreador, saldría; pero... ¿y si me acecha? No; será mejor llamar al criado.)

ROSITA. —(¡Demonio! ¿Qué hará en la puerta ese hombre? Parece un palomino atontado.)

CÁNDIDO. —(Y lo peor es que dentro de la habitación hace un calor que derrite.)

ROSITA. —(Yo voy a hablarle.) Estas camareras...; seguramente habrá usted pedido agua caliente hace un poco y...

CÁNDIDO. —Sí, señora; eso es, sí; he pedido que me calienten el agua, y por lo visto no la calientan...

ROSITA. —No me extraña; ayer a mí...

CÁNDIDO. —¡Ayer!... Ayer sí me calentaron... el agua; pero sin que yo lo pidiera, que es lo más chusco.

ROSITA. —Eso ocurre porque falta el camarero del año pasado. ¡Qué servicial! Daba el golpe.

CANDIDO. —¿Daba el golpe?... ¡Ay, señorita, ese camarero está aquí!

ROSITA. —¡Cá! Si le conozco yo, y este año no lo he visto. Pero, ¿es que está usted enfermo?

CANDIDO. —Tanto como enfermo, diré a usted. Es que mi cara mitad...

ROSITA. —¿Su señora, acaso?

CÁNDIDO. —Que mi cara mitad, como usted ve, ha sido víctima de un fuerte tropiezo, habiendo tomado parte hasta las muelas del juicio.

ROSITA. —¿Algún disgusto?

CANDIDO. —Quiá, señorita... ¡Es que las muelas del juicio se me juerguean de vez en cuándo, y ahora están de mírame y no me toques.

ROSITA —Ah, ya, vamos; una inflamación.

CÁNDIDO. —S , eso es. (¡Canastos! Si yo preguntara a esta por el paradero de es~ bárbaro, quizá pudi ra decirme.) ¿Se lució mucho el paseo de ayer tarde?

ROSITA. —¡Quite usted, por Dios! No paseó ni un guardia. ¿Acaso no está usted enterado de nada?

CÁNDIDO —De nada.

ROSITA. —¿No sabe usted lo del Príncipe, el anarquista, el detective?

CÁNDIDO —¡Va...! ¿Alguna película policíaca?

ROSITA. —¡Nada de películas! Un anarquista que se encuentra en este mismo hotel, persiguiendo al Príncipe de Guisanteberg con intención de tirarle una bomba encima.

CÁNDIDO —¿Entonces las carreras de ayer mañana...?

ROSITA. —Exacto; eso fué.

CÁNDIDO. —¿Me tomaría a mí ese animal por el nihilista? Porque el puñetazo que me dió fué de muchos HH. PP. y con la mar de voltios.

ROSITA. —Y luego el segundo acontecimiento.

CÁNDIDO. —¿Hubo más?

ROSITA. —Pero ¿de veras no está usted enterado de nada?

CÁNDIDO. —Le juro a usted que no.

ROSITA —Pues si hubo cada golpe...

CÁNDIDO. —¿Hubo golpes...? Parece que tengo una leve noticia.

ROSITA. —Imagínese usted que la familia del 3 es de lo más original que existe; la muchacha se ha enamorado

de un veraneante de aquí, y el padre se lo ha olido.

CÁNDIDO. —(Entonces el que me dió el bofetón es el padre de la jamona que guiña.) ¿Qué me dice usted?

ROSITA. —Lo que usted oye. El señor don León ha jurado matar al novio si no se casa con su hija antes de veinticuatro horas.

CÁNDIDO. —Y ella, ¿qué dice?

ROSITA —Ella quiere a toda costa casarse con el hombre en cuestión.

CÁNDIDO. —Las hay terriblemente impresionables, ¿verdad?

ROSITA —Y ella mucho más.

CANDIDO. —¡Vaya, vaya!

ROSITA. —Mire, aquí sale.

CÁNDIDO. —¿Quién?

ROSITA —El padre de la que...

CÁNDIDO. -(El que me... de la que...) Pues hasta luego, ¿eh? hasta luego. *(Vase al cuarto núm. 5.)*

ROSITA —Pues sí que corre.

LEON. —*(Sale del 3.)* ¡Hola! ¿Está usted aquí?

ROSITA —Sí; leía los periódicos. ¿Y Mariquita?

LEON. —No me hable usted de esa hija; ¡la detesto!

ROSITA. —Pero todavía sigue usted en ese tono de disgusto.

LEON —Y seguiré hasta tanto no vea limpia la honra de los Berrugas. Ya lo tengo decidido.

ROSITA. —¿Cómo?

LEON. —¿Ve usted, este arma? *(Mostrando un revólver.)*

ROSITA —(Este la arma) ¡¡Don León!! ..

LEON. —Pues tan pronto vea a ese basucón sinvergüenza, que ya le conozco, y ya me conoce también, le rogaré, le pediré, le lloraré, y si se me niega, le mataré. *(Mutis por el foro)*

ROSITA. —¡Pues sí que está la cosa buena!

EDUVIGIS. —*(Sale del cuarto número 2)* Buenos días, Rosita.

ROSITA. —¡Hola, mi buena amiga!

EDUVIGIS. —¡Qué calor! ¿Eh?

ROSITA. —¡Insoportable! Como que estoy haciendo tiempo para que se sombree un poco la terraza.

EDUVIGIS. —¿Qué hay de nuevo?

ROSITA. —Muchas y graves cosas.

EDUVIGIS. —¿Nuevos sobresaltos?

ROSITA. —Sí, hija, sí. Ahora un crimen.

EDUVIGIS. —¡Que ha habido un crimen?
ROSITA. —Que podrá haberlo si yo no lo evito.
EDUVIGIS. —¡Ah! Pues evítalo en seguida.
ROSITA —Eso espero si puedo hablar con el señor Palomo antes que se tropiece con el señor Berruga.
EDUVIGIS. —¿Cuál es su cuarto?
ROSITA. —Aquel, el 6.
EDUVIGIS. —Pues yo le llamaría.
ROSITA —No es hora. No estará visible...
EDUVIGIS. —¿Y será don León capaz de llegar al crimen?
ROSITA. —Y al asesinato. ¡Ese hombre es una crónica de sucesos cuando se le van los estribos.
EDUVIGIS. —¡Ay, ay, ay! Rosita, yo me voy a escape de aquí como no varíen las cosas. Tanto sobresalto, ¿para qué? ¡Ay, y que nerviosa me pongo! ¿Pero y lo del Príncipe?
ROSITA —Esa es otra cuestión más grave.
EDUVIGIS. —¡Nada! Que yo me voy, pero que enseguida.
(Sale Ramón del 6)
ROSITA. —Mire usted, ese señor que sale, es el novio de Mariquita y el futuro blanco de don León.
EDUVIGIS. —¡Qué lástima, morir tan joven!
ROSITA —Yo le habló ahora mismo; es preciso evitar una desgracia.
RAMÓN. —Muy buenos días, señoras. ¿Se ha descansado?
EDUVIGIS. —Muy bien. ¿Y usted, ha descansado?
RAMON. —Así, así, Los pícaros mosquitos no me dejan que descanse en paz.
ROSITA —¿Descanse en paz? Ay, no diga usted eso, que me impresiono. ¡Caballero, lo sabemos todo!
RAMÓN. —Ah, ¿sí? bueno.
ROSITA. —Usted, va a ser la causa de un suicidio, el de la señorita del 3.
RAMON. —¡Cómo! ¿La del 3 trata de suicidarse? Pues a evitarlo corriendo!
ROSITA. —No corra ahora, que ya tendrá tiempo. Esa señorita se mata por usted.
RAMÓN, —¿Pero qué le habré yo dado a esa mujer?
ROSITA —Un beso, ayer, en la playa, aprovechando el tumulto del atentado al Príncipe.
RAMÓN. —¡Caray! (Están enteradas.)

EDUVIGIS. —¡Ah, si usted supiera lo que le va a costar ese beso!..

ROSITA. —¡Si usted supiera lo que en este crítico momento le rodea!

RAMÓN. —Pero ustedes que son muy buenas no dirán nada, toda vez que nadie se ha enterado, salvo ustedes.

EDUVIGIS. —Con que nadie ¿eh? ¿Cree usted que nadie?

RAMÓN. —Nadie.

ROSITA. —El padre no ignora nada.

EDUVIGIS. —La madre tampoco.

RAMÓN. —¡Mi abuela! ¿Que el padre?... ¿La madre?... ¿Lo saben todo?...

EDUVIGIS. —No ignoran nada.

RAMÓN. —¡Qué gente más culta! ¿Pero me quieren ustedes aclarar?...¡Caramba, que estoy para congestionarme!

ROSITA. —Pues ponga usted oidos, Cándido amigo.

RAMÓN. —(¡Qué confianzas! ¡Me llama cándido!)

EDUVIGIS. —Atiéndanos usted.

ROSITA —Tratamos de evitar una desgracia y un luto.

RAMÓN. —Yo también evitaré...

ROSITA. —El padre de María lleva un revólver para usted.

RAMON. —¿Para mí? Si yo no uso armas.

EDUVIGIS. —Mira, Rosa, las noticias, como los vuelcos, de golpe. Señor nuestro, su futuro suegro quiere matar a usted si no se casa con su hija.

ROSITA. —Hay besos que matan, amiguito.

EDUVIGIS —A mi me parece que lo mejor que usted puede hacer es hablar con don León, pedirle la mano...

RAMON. —¿Para que me santigüe con ella?

ROSITA. —Pedirle la mano de su hija María para casarse antes de veinticuatro horas, y verá como todo se arregla.

RAMON. —Quién, ¿yo hablar con ese felino? ¡Jamás!

ROSITA. —Repare usted que es padre, que está ofendido su honor.

EDUVIGIS. —Y además le conoce a usted perfectamente.

RAMON. —¡Caramba! Pero si lleva un arma para matarme, ¿cómo quieren ustedes que le pida la mano?...

ROSITA. —Escóndase o márchese.

EDUVIGIS. —Va usted a morir a manos de León. (*Vánse ambas por el foro.)*

RAMON. —Vaya un veranito que se me ha presentado. ¡Ramón, toma aventuras, anda!

CÁNDIDO —*(Sale Cándido del 5.)* He oido detrás de la puerta, de labios de ese animal de León, mi sentencia de muerte y todo porque esa dama con sus guiños me está haciendo la seña del tres constantemente y el padre me quiere dar un tute, cuando yo juego limpio. ¡A ese hombre yo le arrastro! ¿Pero y si me falla mi intento?... Estoy que nó sé a qué carta quedarme... ¡Decidido!... En cuanto que le vea, le canto las cuarenta y *tutti contenti*.

RAMÓN. —Hombre, mi amigo. ¿Qué tal, señor Palomo?

CÁNDIDO. —Medio muerto... de calor. ¿Y usted, cómo va con su tormento?

RAMÓN. —Muerto también... de amor. ¿Con que un flemoncito? ¿Eh?

CÁNDIDO —Sí, caprichos de la naturaleza.

RAMÓN. —(Es preciso que este ignore en el aprieto en que me encuentro.)

CÁNDIDO. —(Conviene que no adivine lo del trompazo.)

RAMON. —¿No va usted a la playa?

CÁNDIDO —(¡Cualquiera sale!) Estoy cansado de ayer. ¿Y usted no sale?

RAMÓN. —(Sí, sí; para salidas estoy.) Pues, tampoco. Estoy haciendo mi testamento. Hay que ser previsor.

CÁNDIDO. —¡Vaya, vaya! ¿Verdad que se pasa aquí la vida muy bien?

RAMON. —Sí, sí. No se pasa mal. ¡Qué mar, qué cielo!

CÁNDIDO —¡Qué estación de las delicias! ¿Eh? ¿Cómo andan esas aventuras?

RAMON. —Buenas, gracias (Bienaventurados los que padecen persecución.) ¿Y usted como va con su tormento?

CÁNDIDO. —¿Yo? Atormentado. Hinchado, digo, henchido de amor. *(Uno que tose por dentro.)* (¿Será él?)

RAMÓN. —(¿Será él?) Bueno, amigo Cándido, hasta luego. *(Mutis al cuarto núm. 6.)*

CÁNDIDO. —Sí, sí, hasta luego. *(Mutis al número 5.)*

PRÍNCIPE. —*(Asoma la cabeza por su cuarto núm. 4.)* ¿Se puede vivir? En el cuarto hace un calor como para derretir cañones. Si yo conociera al criminal...

DALMAU. —*(Sale Dalmau del 1.)* ¡Moso! ¡Eh! ¡Moso!

PRÍNCIPE. —(Este huésped, debe ser nuevo.) Buenos días, señor.

DALMAU. —Bon mati tingui. ¡Camarera! ¡Moscoooo!

PRÍNCIPE —(¡Ay!, parece catalán, veremos.) ¡Diguili qui vingui
DALMAU. —¿Vosté es catalán?
PRINCIPE —No, señor. Moscovita.
DALMAU. —Por el asiento, creí... (¿Quién será este moscovita?)
PRÍNCIPE. —(¿Quién será este payés?)
DALMAU —(Yo le interrogo; parece del séquito del desconocido Príncipe.)
PLUM. —*(Sale Plum por el foro.)* Ellos dos juntos, la fiera y su víctima. ¿Cómo evitar el atentado? Si yo pudiera...
DALMAU. —Señor, ¿vosté me contestará a una pregunta?
PRÍNCIPE. —Usted dirá.
DALMAU. —Llevo aquí dos días.
PRÍNCIPE. —Yo también.
DALMAU. —Mi vinguda tiene por objeto el ponerme al habla con una persona que tengo anotada. Por más que indago, pregunto y requiero no puedo dar con el hombre que busco. Por lo que observo ¿vosté se extranchero?
PRÍNCIPE. —Ya dije que moscovita.
DALMAU. —(Este debe ser del séquito.)
PRÍNCIPE. —(¡Qué querrá este tio!)
PLUM. —(¡Quiere asegurarlo bien!)
DALMAU —Pues yo busco a un Príncipe.
PRÍNCIPE. —¡Ah! ¿Sí? Pues... con permiso...
DALMAU. —Oiga, haga el favor de esperar, escolte, mire.
PRÍNCIPE. —No puedo, imposible.
DALMAU. —Pero, hombre, tinga un xic mes de vergoña...
PRÍNCIPE. —(Me parece que me ha ofendido. ¿Será este el anar... quista...?) ¿Qué me quiere usted decir?
PLUM. —(Haré ruido para ahuyentarlo.)
DALMAU. —¿Me hase usted el favor de desirme cuál es el cuarto del Príncipe?
PRÍNCIPE. —(¡Ah, qué idea más sublime!) El Príncipe está aquí.
PLUM. —(Se va a descubrir.)
DALMAU. —¿Dónde?
PRINCIPE. —Aquí...
PLUM. —(Caray ¡qué valor!)
PRÍNCIPE. —El Príncipe es ese señor. *(Váse cuarto núm. 4.)*
PLUM. —(¡Diantre!)
DALMAU —¡Alteza, mirad! *(Intenta abrir el maletín.)*

PLUM. —¡No! ¡No lo abra usted!

DALMAU. —Es necesario...

PLUM. —No se moleste...

DALMAU. —No tengo más remedio...

PLUM. —No puedo detenerme.

DALMAU —Aguarde, alteza, seré ligero...

PLUM. —(¿Ligero? ¡Maldita sea tu estampa! (*Váse foro.*)

DALMAU. —¡Alteza, Príncipe! Yo te las coloco. (*Váse foro.*)

DUEÑO. —(*Salen Francisca y Dueño por el foro.*) Por aquí, señora, por aquí. Ahora me hará el favor de esperar un momento; preguntaré al encargado por el cuarto de su señor esposo.

FRANCISCA—No lo olvide, Cándido Palomo; ¿eh?

DUEÑO. —Sí, comprendido. Aguarde unos instantes. (*Váse.*)

FRANCISCA—¡Qué sorpresa se va a llevar mi Cándido, porque él no me espera! ¿Habré hecho mal con no haberle avisado? La sorpresa siempre es más agradable... ¿Y si le descubriera algún secretillo?... Por más que Cándido... ¡Jamás! No me la pega... estoy segurísima... es un angel mi Cándido.

EDUVIGIS. —(*Eduvigis por el foro.*) ¡Qué miro! ¡Francisca!

FRANCISCA—¡Eduvigis!

EDUVIGIS. —¡Tú por aquí, después de cinco años que no nos habíamos visto!

FRANCISCA—¡Qué grata casualidad!

EDUVIGIS. —Siéntate. Supe que te casaste; cuéntame...

FRANCISCA—Hace año y medio.

EDUVIGIS. —¿Y los papás?

FRANCISCA—Pues en la finca. Veraneando están allá, y yo con ellos; pero me aburría y dije a mis padres: me voy a dar una sorpresa a mi marido; tomé el tren y aquí me tienes.

EDUVIGIS. —Pero, cómo, ¿tu marido está aquí?

FRANCISCA —Si, en este hotel, desde hace días. Y tú; ¿no estás aquí también?

EDUVIGIS. —Sí, tambien.

FRANCISCA.—Entonces le conocerás; entre compañeros de hotel..

EDUVIGIS. —Puede... quizá... ¿cómo se llama?

FRANCISCA —Mi marido se llama Cándido Palomo de Corral.

EDUVIGIS. —¿Cómo dices?

FRANCISCA —Cándido Palomo de Corral.

EDUVIGIS. —¡Cándido! ¡Ay, ay! ¡Pobre Francisca!
FRANCISCA—¿Qué me quieres decir?
EDUVIGIS. —¡Pobre amiga mía!
FRANCISCA—Pero... ¿qué pasa? ¿Tú le conoces?
EDUVIGIS. —Le conocemos todos.
FRANCISCA—Entonces...
EDUVIGIS. —Tu marido es un sinvergüenza.
FRANCISCA—¡¡Eduvigis!!
EDUVIGIS. —Escucha y no te accidentes, Francisca.
FRANCISCA —¡Ay, Díos mío! Me tienes en áscuas.
EDUVIGIS. —Tu marido, aprovechando su soltería temporal ha enamorado a una cristura inocente y...
FRANCISCA.—¡Qué me dices!
EDUVIGIS. —¡La ha besado!
FRANCISCA.—¡Palomo, besado! ¡Ah, bandido, mónstruo, bigamo ¡Ay, ay, ay, que me dá; que me dá...
EDUVIGIS. —¿Que te dá? ¡Ay! ¡Que le dá! ¡Que le dá!
FRANCISCA —No; no me dá...
EDUVIGIS —Vamos, gracias a Dios.
FRANCISCA—No me da la gana de vivir con ese hombre. Gracias a tí, que me has enterado quién es ese malvado, ese Cándido, cuyo nombre es un equívoco.
EDUVIGIS. —¡Pobre Francisca! Resígnate, y no sufras.
FRANCISCA —Dime, pronto ¿dónde habita mi maldito marido?
EDUVIGIS. —No debes verle ahora; estás apasionada, nerviosa. Ven a mi cuarto y luego podrás vengarte a tus anchas. No conviene que ahora te vea.
FRANCISCA —Me iré contigo; pero cuando le eche la vista encima...
EDUVIGIS —Entra, engañada mujer, entra en ese cuarto, y espera.
FRANCISCA —¡Ay de mí! *(Eduvigis acompaña a Francisca al cuarto núm. 2, y ésta entra sola).*
EDUVIGIS. —Hay que prevenir de lo que pasa a esa desgraciada Mariquita; porque, ¿cómo diablos se va a casar con él si está casado?
(Filomena y María salen del cuarto núm. 3.)
FILOMENA —¡Sal, hija, sal! Aprovechemos de que el bárbaro de tu padre no está aquí, y así podremos respirar el aire. ¡Qué calor hace en el cuarto!
MARIA. —¡Qué fastidio! ¡Yo me ahogo!
EDUVIGIS. —¡Calle, las de Barruga! (¡Qué conflicto!)

FILOMENA —¡Oh, buena y compasiva amiga!

MARÍA. —Querida señora, Dios la guarde.

EDUVIGIS —(¡Cómo empezar!) ¿Qué, como van esos ánimos?

FILOMENA —Desanimados.

MARÍA. —¿Por qué, mamaita? El amor es así. Me casaré con Cándido y todo habrá terminado. Las furias de papá se trocarán por las ternuras de buen abuelo, y ya verás cuando se cargue a cuestas a sus nietecitos, haciendo de borriquillo.

FILOMENA —Calla, hija, calla; que el borriquillo lo estamos haciendo todos en este momento.

EDUVIGIS. —(¡Y eso que no sabe aún lo que se les avecina!)

MARIA —¿Verdad, buena amiga, que tengo razón?

EDUVIGIS —(Ea, aquí no hay más remedio que hablar claro y pronto.) Amigas mías, no crean ustedes que se han acabado las desdichas.

FILOMENA —¿Por qué dice usted eso?

MARIA. —¿A qué se refiere?

EDUVIGIS. —Lo que ustedes oyen, resignación Mariquita; Filomena, paciencia. ¿Tú amas a Palomo?

MARIA —¿Cómo que si le amo? ¡Le idolatro!

FILOMENA —¿Qué ocurre, Eduvigis de mi alma?

EDUVIGIS. —¿Don León pretende que Cándido se case contigo antes de 24 horas?...

MARIA. —Claro, así todo queda terminado.

EDUVIGIS. —¡Eso es imposible!

MARIA. —¿Qué?

FILOMENA —¿Cómo?

EDUVIGIS.—Lo dicho. ¡Imposible!

MARIA. —Pero, ¿por qué?

EDUVIGIS. —¡Porque Palomo está casado!

MARIA. —¿Qué dice usted?

FILOMENA —¿Que es casado?

EDUVIGIS. —Completamente.

MARIA. —¡Ay, Eduvigis, hable usted; aclare, aclare esas palabras!

EDUVIGIS. —Me hago cargo de lo fuerte de la noticia; es muy sensible, muy terrible; pero es verdad. Vamos Mariquita, olvida; no te excites y, sobre todo, que no lo sepa don León, porque habría tragedia.

MARIA. —¡Qué desgraciada nací! ¡Yo que me había enamorado

como una corza de ese liviano, de ese pajarraco!..

FILOMENA.—Yo voy a ver si encuentro a tu padre. ¡Por Dios! que no lo sepa! ¡Que no lo sepa! *(Váse foro.)*

EDUVIGIS.—Yo le acompañaré. ¡Señor...! *(Váse foro.)*

RAMON. —*(Sale del cuarto núm. 6.)* ¡Ella! No se si debo hablarla. ¿Está llorando? ¿Estará el padre por ahí?) ¡María! ¡María!

MARÍA. —¿Quién es? ¡Ah! ¿Es usted? ¡Quítese de mi vista! ¡Es usted el más bajo de los hombres!

RAMON. —(Pues estamos a buena altura. ¿Se habrá vuelto loca?)

MARIA. —¡No sé cómo tiene usted valor para presentarse delante de mí después de lo que me ha hecho!

RAMÓN —Tranquilícese. Estoy dispuesto a todo.

MARIA. —¿Dispuesto a qué? ¡Ay, que hombre más pillo!

RAMÓN. —Que yo soy...

MARÍA. —Un pillo. Hoy mismo se batirá con mi padre.

RAMÓN. —Pero...

MARÍA. —¡Besarme, estando casado! ¡¡¡Qué horror!!! *(Váse cuarto núm. 3.)*

RAMÓN. —¿Casado? ¿Yo, casado? Decididamente: esta mujer está loca. Pues, señor, sí que la aventurita es de primera. Ahora mismo tengo la camisa a media legua de mi cuerpo. Nada; está visto que no puedo salir de mi cuarto. Cualquiera me saca ahora de mis casillas. *(Váse al cuarto núm. 6.)*

PLUM —*(Sale por el foro.)* La bromita que me ha gastado ese Alkachofakuff, es de las tremendas; ese tío me sigue como un madgiar. ¡Y qué mala pata tiene ese criminal! Gracias a que he conseguido despistarle después de haber corrido lo menos cuatro kilómetros. Y que el tío se vé que es un gran corredor. ¡Cómo apretaba! ¿Y dónde estará ahora?...

PEPITO. —*(Sale por el foro.)* ¡Hola, Mister Plum! Qué escondido anda usted desde ayer; y yo buscándole por todas partes.

PLUM. —Ya usted sabe que para mi trabajo, la soledad me es necesaria a todas horas.

PEPITO. —¿Y el Príncipe?

PLUM. —Pues no lo sé; a buen seguro que estará descansando.

PEPITO. —¿Y el anarquista?

PLUM. —Por ahí anda; ya verá usted qué pronto cae en mis manos. Esta mañana le he llevado corriendo lo menos dos horas. ¡Qué manera de correr! Parece un gamo. Yo creí que me alcanzaba.

PEPITO. —¿Que le alcanzaba?

PLUM. —Eso, que le alcanzaba.

PEPITO. —Bien, hombre, bien. ¿Quiere usted que tomemos algo?

PLUM. —No, despues. Váyase que yo no tardaré en reunirme con usted.

PEPITO. —(Si yo pudiese hacer la aprehensión antes que éste.) A sus órdenes, Mister Plum. *(Váse foro.)*

PLUM. —Adios, Jopo.

PRÍNCIPE. —*(Sale del cuarto núm. 4)* Amigo Plum; perdona si antes cubrí mi existencia con la tuya; pero ya sabes que mi vida es real y puede costarme caro un encuentro con ese criminal.

PLUM. —Estais perdonado, Príncipe. Lo único que siento es el susto que me habéis dado.

PRÍNCIPE. —Pero... ¿te has asustado?

PLUM. —Claro; ¿no veis que os he visto a dos dedos del panteón? Mas ya podeis estar tranquilo; estando yo a su lado, nada hay que temer.

PRÍNCIPE. —Es cuando mi espíritu alcanza más grados de sosiego.

PLUM. —¿No véis alteza que ahora todo el peligro lo corro yo?...

PRÍNCIPE. —Ha tenido gracia la cosa, ¿verdad?

PLUM. —Mucha gracia. Como que todavía me parece estar corriendo.

PRINCIPE. —¿Corriendo?

PLUM. —Riendo, riendo. (Estoy desacertado.)

PRÍNCIPE. —¡Mira que yo no ser yo; ni tú tampoco!

PLUM. —¡Si no somos nadie, Alteza!

PRÍNCIPE. —Vamos, Plum; vamos a tomar el aire. Anda ven; anda... a paseo.

PLUM. —Como gustéis. (Ahora sí que no te van a servir bromas.) *(Vánse foro.)*

LEON. —Nada, no doy con él; pero yo le encontraré.

EDUVIGIS. —Cálmele usted. (Yo voy a ver cómo sigue la esposa ofendida.) *(Mutis al cuarto núm. 2.)*

FILOMENA —*(Sale foro izquierda.)* Pero... ¿por dónde andas, hombre?

LEON —¡Cómo! ¿Has dejado sola a la pérfida?

FILOMENA —Un momento. ¿Estás más tranquilo, Leoncito?

LEON. —Cada hora que pasa estoy mucho más terrible.

FILOMENA.—Pero, despues de todo la cosa no tiene toda esa importancia que tu le has dado. ¿A qué esa insistencia en que se casen? ¿Por lo del beso?...

LEON. —¡Qué beso, ni qué ósculo! ¿Tú sabes lo que cuesta casar a una hija como la nuestra que es más tonta que una mata de rábanos? Hé aquí la ocasión; mi actitud no es más que un martingala para que se enlacen; y créeme... la ocasión la pintan calva. *(Secándose la calva.)*

FILOMENA —*(Mirando la calva de León.)* Luego todo eso ha sido una tomadura de pelo...

LEON. —¡Cabal! Pero ahora los caso.

FILOMENA —¿Cómo? (Si tú supieras que está casado.)

LEON. —Arreándole cada susto a ese Palomo que lo vuelva loco. Ven, vamos dentro. *(Mutis ambos cuarto n.° 3.)*

RAMÓN. —*(Sale del cuarto núm. 6.)* Es verdad que no está el horno para bollos; pero yo me aso en ese cuarto. ¿Le habrá pasado ya el pipiritaje a María?

EDUVIGIS. —*(Sale del núm. 2.)* Mira, Francisca, ahí tienes a tu marido.

FRANCISCA —*(Dentro.)* ¡Ah, pérfido! No sé si tendré paciencia para aguantarle sin sacarle los ojos.

EDUVIGIS. —¿Caballero?

RAMON. —¿Señora? *(De espalda al cuarto núm. 2.)*

EDUVIGIS. —¿Conque esas tenemos, grandísimo bribón? No se contenta usted con perforar un corazón tierno, como el de María, si no que también el de su mujer? Ahí la tiene usted; entiéndase con ella. *(Mútis por el foro.)*

FRANCISCA—*(Sale del cuarto núm. 2.)* ¡Toma, bandido! *(Dá un golpe a Ramón.)*

RAMÓN. —¿Eh? ¡Caramba! *(Extrañado.)*

FRANCISCA.—Caballero, usted perdone; me he confundido; es decir, le han confundido con mi marido.

RAMÓN. —Señora, pues créame que lo siento. (Es una preciosidad.)

FRANCISCA —¿Le he hecho mucho daño?

RAMÓN. —Quisiera ser su esposo de buena gana.

FRANCISCA —Para vengarse; ¿verdad?

RAMÓN. —Para poseer esa divinidad. ¡Qué mano tan suave tiene usted!

FRANCISCA—(Este tío se cuela.) Es favor, muchas gracias.

RAMÓN. —Seguramente tendrá usted motivos para abofetear a su marido.

FRANCISCA —Más que motivos. Mi marido es un truhán. (¡Ay, que idea! Me valdré de este hombre para encelar a mi marido y lograr así mi venganza.) Caballero, le necesito a usted.

RAMON. —(¡Rediez!) Señora, estoy a su disposición. (Ramoncito, aprovecha esta ocasión que es de perlas.) Cuente conmigo para cuanto le haga falta... Un caballero no debe negarse...

FRANCISCA—Acepto su ofrecimiento.

RAMON. —(¡Anda, y me acepta!) ¿Qué tengo que hacer?

FRANCISCA —Lo primero, batirse con mi marido y a muerte.

RAMON. —Mire usted que eso es muy fuerte.

FRANCISCA—Mejor. Además, usted ha de pasar por mi marido.

RAMÓN. —Pero... nada más que pasar...

FRANCISCA—Vamos a su cuarto.

RAMON. —¿A mi cuarto, dice?

FRANCISCA—A su cuarto; pero espero de su caballerosidad el mayor respeto, ¿eh?

(Eduvigis aparece por el foro.)

RAMÓN. —¡Cómo, no! *(Ambos mutis cuarto número 6.)*

EDUVIGIS. —Vaya, ya se han reconciliado. ¡Claro! Así es la vida. En cuestión de matrimonios es peligroso ponerse por enmedio.

CÁNDIDO. —*(Sale del 5.)* (La protagonista del trompazo; veamos.)

EDUVIGIS. —(El timador de ayer.)

CÁNDDO. —Tenía muchas ganas de verla.

EDUVIGIS. —(Este se me vá a declarar ahora.) ¿A mí?

CÁNDIDO. —A usted, sí señora; que se ha empeñado en no dejarme vivir en paz. ¿No ve usted que a la cara me sale el coraje...?

EDUVIGIS —(¿Qué dice este hombre?) No entiendo... *(Como siempre, haciendo guiños con un ojo.*

CANDIDO. —Que estoy sufriendo por usted.

EDUVIGIS —(¿No lo dije? Declarándose.) ¿Qué sufre usted?

CÁNDIDO. —Si le parece... Y todo por la inocencia de mirar a una dama. Hay padres feroces...

EDUVIGIS. —(Ah, vamos. Este se refiere al padre de Mariquita. ¿Ha visto usted, hombre?

CANDIDO. —¿Que si lo he visto? Y sentido. De haberlo sabido, ¿cómo era posible que yo le hubiera mirado a la cara ni por casualidad?

EDUVIGIS. —Pero, ¿se refiere usted a mí?

CÁNDIDO. —A usted, sí, señora. Además, le ruego manifieste a su padre que yo no me puedo casar con usted; estoy impedido.

EDUVIGIS. —¿Mi padre? ¿Casarse conmigo? ¿Usted impedido? Pero, ¡qué lío es este!

CÁNDIDO. —Lo que usted no ignora.

EDUVIGIS. —Caballero, usted ha perdido el juicio. *(Haciendo guiños.)*

CANDIDO. —¿También me va usted a negar que me está haciendo señas desde ayer mañana?

EDUVIGIS. —Usted está loco. ¡Qué hombre éste!

CÁNDIDO. —¿También me va a negar que usted me ha escrito esta carta?

EDUVIGIS. —¡¡Esto es insufrible!!

CÁNDIDO. —Lo dicho. Es preciso que diga a su padre que yo no me puedo casar, teniendo que renunciar a ese amor descabellado. Yo lo siento mucho; me figuro la contrariedad que le proporciono, pero estoy casado...

EDUVIGIS. —Caballero, es usted un grosero.

CÁNDIDO —(Ya lo decía. Está despechada *(mirándola al busto)* y parece mentira.)

EDUVIGIS. —Necesito, le exijo una aclaración.

CÁNDIDO. —Ahí va esa carta, y renuncie, renuncie a ese amor imposible. (Ya tenía ganas de aclarar este lío. Me iré a dar un paseo, que buena falta me hace.)

EDUVIGIS. —¡Es usted un imbécil! *(Mutis a su cuarto núm. 2.)*

RAMON. —*(Sale del núm 6.)* ¡Palomo, venga, venga usted aquí!

CÁNDIDO —¿Qué hay de nuevo?

RAMON. —Una nueva querrá usted decir.

CÁNDIDO. —¿Otra, otra aventura?
RAMON. —Otra. Pero esta es de alivio. Casada y todo; ahí está, en mi cuarto.
CÁNDIDO. —¡Recuerno! ¿Y es guapa?
RAMÓN. —¡Una preciosidad que ciega!
CANDIDO. —¿Y casada?
RAMÓN. —Con todas las de la ley.
CÁNDIDO. —Será el marido algún primo...
RAMÓN. —No lo sé; pero debe de ser de la familia.
CÁNDIDO. —¡Qué gracia tiene esto! ¡Cuéntame!
RAMÓN. —Aquí no, que pueden vernos. Vamos al cuarto.
CÁNDIDO. —(¡Qué tío más vivo!) Si, vamos. (*Mutis ambos al número 5.*)
(*Salen don León, Filomena y María del cuarto núm. 3.*)
LEON. —Basta, no sigas, me pierdo. ¿Besarte un hombre casado?... ¡Te digo que me pierdo!
FILOMENA—¡Vamos, Leoncito!
MARIA. —Si, papá; quiero que mates a ese tunante; que le quites de enmedio, y así quedará vengado mi honor.
LEON. —Basta, le mataré. Ahora id al cuarto.
FILOMENA—Déjanos que tomemos el aire.
LEON. —¡Al cuarto he dicho!
MARÍA. —¡¡Qué desgraciada nací!!
LEON. —¿Vas a cantarme el «Duo de la Africana»? Hala, al cuarto.
FILOMENA—Ea, al cuarto, hija. (*Mutis ellas al cuarto núm. 3.*)
LEON. —No hay más remedio. Escondámonos, y en cuanto vea a ese Palomo... ¡pum! Le dispararé y le saltaré la tapa del cráneo... por estar casado. (*Mutis por el foro.*)
DALMAU. —(*Sale por el foro.*) ¡Vaya una carrera en pelo que me ha dado ese Príncipe! ¡Nada, que no le pude alcanzar! Pero... ¿por qué correría? Tengo una sed rabiosa. ¡Camarera! ¡Camarera!
CAMARERA—(*Sale por el foro.*) Señor, ¿qué desea?
DALMAU. —Un bock de servesa. (*Mutis la Camarera.*) Como me llamo Dalmau Tarrasa, que no comprendo, cuando corría tras del Príncipe, unas voces que decían: «Corre Plum, ahí va Dalmau». ¡¡Qué t'arrasa!!

DALMAU. —*(Sale la Camarera y al servirle la cerveza se la deja caer por la ropa.)*

CAMARERA —¡Ay, perdone!

DALMAU. —Esto mismo me sucedió en una fonda de Salou. Pedí un plato de riñones al camarero y este me dijo: ¿los quiere el señor a la jardinera, salteados, a la americana?... Como quiera, hombre, le contesté. Y como usted ha hecho, me sirvió, y la presipitasió dió motivo a que me vertiera los riñones por la ropa

CAMARERA —Menos mal si los riñones eran salteados...

DALMAU. —¿Salteados? ¡A la americana! *(Señalando la americana.)*

CAMARERA —¡Já, já, já! ¿Quiere el señor algo más? *(Mutis por el foro.)*

DALMAU. —¡Grasias!

PRÍNCIPE. —*(Sale por el foro con Kake.)* Oye, Kake, sal y avisa que me traigan un refresco de grosella; tengo una sed que ardo.

(Mutis Kake foro.)

PRÍNCIPE. —*(Se sienta a una mesa.)* Ahora ya puedo vivir tranquilo. Ese hombre cree que Plum es el Príncipe, y el Príncipe encantado de su habilidad. Y Plum, estará pasando un miedo con Carabaña.

DUEÑO —*(Por el foro.)* (¡Caramba, el Príncipe!) ¡Señor! ¡Alteza! ¿Desea algo su alteza?

PRÍNCIPE. —Ya lo he pedido. *(Mirando a Dalmau.)* ¡Ya está ahí otra vez el terrible perseguidor!) Pero, enderécese, hombre, que se va a quebrar la columna. (Príncipe, estáte tranquilo, que ese hombre no cree que soy yo). Y usted tan amable.

DUEÑO. —¡¡Oh!! ¡¡Alteza!!

DALMAU. —(¿Por qué hará tantas reverencias a ese señor?) Oiga.

DUEÑO. —¡Perdone, el señor! ¿Qué desea usted?

DALMAU. —Hombre, una curiositat. ¿Por qué hase vosté tantas salemas a ese señor?

DUEÑO. —¡Ah! ¡¡Porque es un Príncipe!!

DALMAU. —¿Otro?

DUEÑO. —Si aquí no hay más Príncipe que ese señor. *(Señalándole).*

DALMAU. —Pues si él mismo me dijo antes que el Príncipe era otro, al cual he estado siguiendo esta mañana.

PEPITO. —Explicado. Es que el Príncipe viaja de incógnito y quizás para ocultar.. Hasta luego, señor.
(*Mutis foro.*)

DALMAU. —Dalmau, te han tomado la cabellera. No importa. A ese (*por el Príncipe*) le encasqueto yo el brillante monumental. (*Se dispone a levantarse.*)
(*Cándido y Ramón salen del cuarto número 5, y se detienen en la puerta del número 6.*)

CÁNDIDO. —(*A Ramón.*) A seguir la aventura, ¿eh? Ya me dirá usted... (*Las dos figuras hacen como que parlamentan.*

DALMAU. —(*Se dirige con el maletín hacia el Príncipe.*) Gracies a Déu que la he pillado. Ahora verá su Alteza. (*Saca del maletín un estuche algo grande.*

PRÍNCIPE. —(¡¡Ay Dios mío!!)
(*Don León se asoma por el foro con el revólver en la mano, acechando a Cándido. Cándido se despide de Ramón e inicia mutis hacia el foro.*)

DALMAU. —Sé quién es vosté. (*Enseñándole al Príncipe el estuche voluminoso.*) ¡Ahora mire!.. (*El Príncipe se desmaya, y el refresco que estaba bebiendo se lo deja caer sobre la ropa o camisa, dejando ver al público la mancha roja de la grosella. Cándido hace el mutis y D. León le dispara el arma. Todos muy oportunamente para que el accidente del Príncipe coincida con la salida de Cándido y el disparo.*) ¿Pero qué es esto? ¿Qué le pasa a este hombre? (*Por el Príncipe.*)

MARIA. —(*Dentro.*) ¡¡Socorro!!

FILOMENA —(*Dentro.*) ¡¡Le ha matado!!
(*Sale Plum y el dueño del Hotel.*)

PLUM. —¡¡Le ha hecho polvo!! (*Por el Príncipe.*)
(*Sale Pepito y la Camarera.*)

PEPITO. —¡¡Le ha muerto!!

TODOS. —¡¡El Príncipe muerto!!

DALMAU. —*Agitando las manos, y en una de ellas el estuche, como para dejarse oir.*) ¡Señores! ¡¡Señores!! ¡¡¡No he sido muerto!!!

(Todos se aterran al ver a Dolmau agitarse con el estuche.)

FLUM. —¡¡Qué repita!! ¡¡¡Qué repita!!!

(Todos gritan.)

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO

DECORACION.—Al fondo, telón marino representando una playa. En laterales, rocas y árboles, a gusto del director de escena. Una caseta de baño, cuya espalda dará al público, con una ventanita y su cortina Algunas sombrillas de playa, sillones de mimbre, etc. La una de la tarde. Mucha luz en las baterías. En lateral derecha del actor una cuerda y en ella colgada ropas de baño y sábanas. Al levantarse el telón, estarán en escena: Bañeros 1.° y 2.°: son dos vizcaínos cerrados. El 1.° doblará una sábana, y el 2.°, sentado a la sombra de una sombrilla, fumando.

BAÑERO 1.°—**Gandul te muestras, pues.**

BAÑERO 2.°—**Descansando que estoy; que sol que me dió esta mañana en cabeza, congestionadome há.**

BAÑERO 1.°—**Lleva cuidado, pues, que calor que tomes sangre de las narices te saldrá.**

BAÑERO 2.°—**¿Como la ropa vá?**

BAÑERO 1.°—**Casi seca ya.**

BAÑERO 2.°—**Pocos viajeros vinieron hoy.**

BAÑERO 1.°—**Bastantes tenemos, pues, con los llegado ya. Mas aquí viene uno.**

BAÑERO 2.°—**Cierto es. Esa señora de los guiños, manía tiene de que olas azótenla y una hora que emplea, pues. Cuerpo tengo pasado por agua ya.**

BAÑERO 1.°—**Pues, ¿y su amiguita? Miedosa es...**

BAÑERO 2.°—**Oleaje fuerte y mujer miedosa.**

BAÑERO 1.°—**Hombre al agua.**

BAÑERO 2.°—**Así es.**

BAÑERO 1.°—**¡Guernikako! Pues, ¿y la hija del coronel? Muerto**

quiere hacer; padre opónese, y encárgala «no enseñes en la playa las pantorrillas...» Desobediente niña es... Claro, señoritos obsérvanla y el muerto...

BAÑERO 2.°—¿Te lo cargas tú?

BAÑERO 1.°—No lo deja de hacer. (*Pausa*).

BAÑERO 2.°—Tarde es ya y bañistas no han llegado aún:

BAÑERO 1.°—Con tanto enredo como pasa en el hotel, de extraño nada tiene.

CÁNDIDO. —(*Sale izquierda*). (¡Qué bárbaro de tío! Cualquiera diría que yo había venido a tiro hecho a esta playa. Creo que me es necesario tomar una determinación para salvar el peligro que me amenaza.)

BAÑERO 1.°—Señor que llega.

BAÑERO 2.°—Ropa que preparas.

CÁNDIDO. —Felices, jóvenes bañeros.

BAÑERO 1.°—Salud, señor. (*Lleva en la mano ropa de baño*).

CANDIDO. —(¡Ay, qué idea! Gracias, Dios mío, que me has iluminado). (*Al bañero 1.°*) Oye, simpático vasco.

BAÑERO 1.°—¿Qué desea el caballero? Mandar puede.

CÁNDIDO. —¡Ekarrikasko! Mira: duro que te doy, favor que me harás. (Imitaré su lenguaje para hacerme simpático.)

BAÑERO 1.°—¡Duro es!

CÁNDIDO. —Cinco pesetas son. ¡Pero guardarás secreto!

BAÑERO 1.°—No soltaré prenda.

CÁNDIDO. —Sí, suéltala. ¡Dame tu ropa, la necesito!

BAÑERO 2.°—Quedarse en paños menores, falta grave es, señor.

CÁNDIDO. —Pues dame un traje de cuerpo entero. Favor que yo quiero.

BAÑERO 1.°—Ropa que le daré.

CÁNDIDO. —Necesito disfrazarme de bañero por unas horas, Neptuno del siglo xx.

BAÑERO 2.°—(Lío que me huele).

BAÑERO 1.°—(Aventuras que éste tiene).

CÁNDIDO. —Conque venga el traje, que tarde se me hace.

BAÑERO 1.°—Vámonos, pues. (*Vánse Bañero 1.° y Cándido por la derecha*).

BAÑERO 2.°—Como si lo viéralo: este señorito tiene algún amorío; habrá impedimenta. ¿Disfrázase de bañero? Tratará de pelar pava a plena mar, burlando vigilancia de familia. El hace bien; ella hace mal; aun-

que el agua es una garantía. Pero, ¿quién puede evitar un golpe de mar? Aquí está el golpe; ese es el momento más peligroso. Ola que envuelve, revolcones que produce, impresión que causa. ¡Qué mundo este! Y yo siempre lo he dicho: «niña que a la mar»... se lanza en pos de aventuras, ¡guernikako!... es que tiene las ganas hechas.

BAÑERO 1.°—(*Sale.*) Ya el señorito, pues, disfrazándose está. ¡No se sabe vestir!

BAÑERO 2.°—¡Es natural! Acostumbrado él a ropas de chaquet smokin y de frac, ¡ay! nuestra ropa, pues, ancho que le vendrá.

BAÑERO 1.°—¿Por qué diría él que el traje es colador?

BAÑERO 2.°—¿Le diste el viejo aquel?

BAÑERO 1.° Sí.

BAÑERO 2.°—Muy pasado que está y puede hasta morir de un fuerte aire *colao*...

BAÑERO 1.°—Ahí sale. ¡Pobre de él si viene un huracán!

CÁNDIDO. —(*Sale por la derecha vestido de bañero y con sombrero de paja de grandes alas.*) ¡Vaya, ya estoy fregolizado! Y poco que me estará buscando ese hipopótamo.

BAÑERO 2.°—Servido el señor, nosotros nos vamos, pues.

CÁNDIDO. —Pues id con Dios.

BAÑERO 2.°—Elizondo, a la barraca.

BAÑERO 1.°—Ahí se queda...

CÁNDDO. —¡De verano! (*Vánse bañeros por la derecha.*)

LEON. —(*Sale D. León por la izquierda precipitadamente.*) ¡Bañero! ¡Bañero!

CÁNDDO. —(¡Caray, D. León! Palomo, baja el ala) (*La del sombrero.*) Señor, ¿qué quiere?

LEON. —¿Has visto atravesar por aquí a un hombre joven, gallardo, calavera, con traje a la última moda? Llámase Palomo. ¿No ha pasado corriendo?

CÁNDIDO —¿Palomo, corriendo?... ¡Se las pelaba, señor!

LEON. —Luego, ¿usted le conoce?

CÁNDIDO —¿Que si le conozco?... ¡Un rato largo!

LEON. —¿Y hacia dónde iba?

CÁNDIDO. —¿Que hacia dónde?... Salió por allí: marchó por allá; echó *pa* adelante; después *pa* atrás... ¡y se esfumó!...

LEON. —¿Nada más?

CANDIDO. —Ah, sí; iba diciendo: ¡ese canalla! ¡Ese bárbaro! ¡Criminal! Y se esfumó...

LEON. —¿Con que canalla, eh? ¡Ay, si lo encuentro!

CÁNDIDO. —Lo creo difícil.

LEON. —Luego usted asegura...

CANDIDO. —Que corría, que corría mucho. ¡Bebía... los vientos!

LEON —Gracias muchacho... Toma, convídate. (*Vase derecha.*)

CANDIDO. —Palomo, sube el ala.

DALMAU. —(*Con un maletin sale por la izquierda.*) ¿En dónde me he metido yo? ¿Qué será todo eso? (*Vase derecha.*)

(*Por la izquierda sale Plum y Pepito.*)

PLUM. —Por allá va.

PEPITO. —Ese hombre quiere escaparse.

CÁNDIDO. —(¿Será por mi? Palomo, baja el ala.)

DALMAU. —Pero no ha de conseguirlo.

CÁNDIDO. —(Pero si no es por mi. Palomo, arriba el ala.)

PEPITO. —¡Vamos, vamos a detener a ese hombre!

CÁNDIDO. —(Yo no estoy tranquilo. ¡Palomo, ahueca el ala!) (*Vase por la derecha 1.° término.*)

DALMAU. —Llamemos a aquellos bañeros. ¡Eh, vengan, hagan el favor!

(*Salen por la derecha los bañeros 1.° y 2.°.*)

BAÑERO 1.° —A nosotros es?

PLUM. —A Vds. sí. ¿Han visto Vds. correr a un hombre con un maletín en la mano?

BAÑERO 2.° —¿Ladrón podrá ser?

PEPITO. —¡Un asesino!

BAÑERO 1.° —Por allí que corre. ¡Guern kako! Y alcance dársele puede.

PLUM. —Ale, de detenerlo se trata! Les daremos unos duros de propina. Ahí van esos cinco.

BAÑERO 1.° —Ah, señor, agradecidos que les quedamos.

PLUM. —Acosar a aquel hombre, y cuando esté a vuestro alcance, sin compasión, le atizais una paliza con vistas a los chichones y me lo traeis aquí, vivo o muerto.

BAÑERO 2.° —Elizondo, puños prepara.

BAÑERO 1.° —Preparados los tengo.

PLUM. —Con que, manos a la obra.

BAÑERO 1.º—Descuide; que ese mortal, descoyuntado vendrá aquí. *(Vanse por la derecha.)*

PLUM. —Ahora sigamos nosotros a esos bañeros.

PEPITO. —Bien pensado. *(Se van por la derecha.)*

(Salen por la izquierda Príncipe y Kake.)

PRÍNCIPE. —¡Ah, Kake de mi vida, me creí muerto! ¡Vaya un susto que me ha dado ese tío!

KAKE. —¡Yo os supuse degollado!

PRÍNCIPE. —Y todo por haberte hecho caso. Si yo me hubiera ido a Alhama, estaría a estas horas más gordo; y y eso que las yemas no las abandono.

KAKE. —Hubiera sido lo mismo. Ese hombre os persigue. Además, es muy burro y no ceja.

PRÍNCIPE. —¡Pero tira! Yo no he pasado nunca tanto miedo. De todos los atentados jamás he sufrido como ahora, y eso que los he tenido de prueba. ¿Recuerdas aquel de Birlandia? ¡Oh, que espantoso fué!

KAKE. —No recuerdo, señor.

PRÍNCIPE. —Ah! Es verdad; entonces no estabas conmigo; estabas con la Princesa, mi hermana. Pues iba yo de paseo con varios amigos, entre ellos el gallardo oficial Abskuff, entonces húsar de la guardia de Palacio; mi médico de cabecera y el veterinario de la casa. Todo era alegría: cantaba yo, cantaban los amigos, cantaba el húsar de la guardia, hasta que llegamos al paraje de Lintejeber. De súbito, salido de una trampa, se me apareció un tigre, que fieramente trató de acometerme. Cuando estaba muy cerca, los ojos del animal centelleaban, fulguraban, y pronto pude apreciar que aquel tigre era de Bengala. ¡Ilumíname, Santo Dios!—me dije—y viendo un olivo, próximo a mí, ¡ay, Kake!...

KAKE. —¿Qué hicísteis?

PRÍNCIPE. —Tomé el olivo, trepé por él, y andándome por las ramas estuve hasta que el húsar, de un certero golletazo, malhirió a aquella selvática fiera, lanzada contra mí por un malvado nihilista, como pude averiguar más tarde.

KAKE. —¿Y en qué estado quedásteis en el olivo?

PRÍNCIPE. —Como comprenderás, ¡a gran altura!

KAKE —Sí que fué horrible.

PRÍNCIPE. —¿Has hecho, Kake, mi encargo?

KAKE. —Alteza, quedó cumplido.

PRÍNCIPE. —Pues vamos a bañarnos, que después del susto, Kake, es lo más natural. (*Vánse por la derecha.*) (*Salen María, Filomena y Eduvigis.*)

EDUVIGIS. —Tranquilidad. Afortunadamente no ha habido sangre.

MARÍA. —Pues si decían que todo el traje lo tenía empapado...

EDUVIGIS. —Pero de grosella; de un refresco que tomaba cuando ocurrió el escándalo.

MARIA. —Sí; pero papá no ha vuelto todavía, y él salió con muy malas intenciones. Y nosotras oímos el disparo, no cabe duda. ¡Palomo ha sido muerto de un tiro!

FILOMENA —Hija, todavía no sabemos...

EDUVIGIS. —Yo creo que hay que tener calma y olvidar...

MARÍA. —¿Olvidar? Eso es imposible! Si mi corazón enamorado no late...

FILOMENA —(¡Qué lata!)

MARIA —¡Más que por mi Palomo! ¡Qué contrariedad el que esté casado!

EDUVIGIS. —Opino que después de tantos sustos, carreras y sobresaltos lo más acertado será refrescarnos en el agua.

FILOMENA —Eduvigis tiene razón.

MARIA. —No, yo quiero dar caza a papá; quiero saber qué ha pasado. Vamos.

FILOMENA —¡Pues vamos, hija! ¿Usted se queda?

EDUVIGIS. —Me quedo, sí, señora, y que no sea nada lo del tiro.

FILOMENA —¡Ojalá, Eduvigis, ojalá, ya veremos! (*Vánse María y Filomena por la derecha.*)

EDUVIGIS. —Bueno; a ver si yo puedo vivir un poco en paz.

ROSITA. —(*Sale por la izquierda.*) ¿Qué, estamos tranquilas?

EDUVIGIS. —Me parece que sí, Rosita.

ROSITA —¿Y esa familia tan desgraciada?

EDUVIGIS. —Por ahí despavoridas corriendo tras del padre y del Palomo ese.

ROSITA. —¿Pues sabes lo que digo? Que a mí no me potrean más. Yo he venido a pasar una temporada veraniega, tranquila, plácida; pero no a una sesión cinematográfica con sus carreras y todo. ¡Si esto es vivir en un tobogán!

EDUVIGIS. —Tienes razón, hija, tienes razón.

ROSITA. —¡Vaya! Lo que es a mí, ya le digo, no me potrean, porque me importan bien poco esos amores de María y Palomo, la bomba del Príncipe y todo lo demás. Y el primero que venga con una nueva cuestión le vuelvo la espalda.

EDUVIGIS. —Estoy de acuerdo contigo. Yo también le volveré la espalda.

ROSITA. —Pues bueno. ¿Qué nos importa a nosotras que Palomo esté casado o soltero?

EDUVIGIS. —Tienes pero que muchísima razón. Mira, por ahí vienen Francisca y el marido, protagonistas de esos amores. Les volveremos la espalda.

ROSITA. —Bien pensado; se la volveremos. *(Vánse derecha.)* *(Por izquierda salen Francisca y Ramón.)*

RAMÓN. —Bueno, señora mía. ¿No dice usted que es mi mujer? Pues su marido le pide un abrazo pequeñito, leve...

FRANCISCA —Usted no es más que un buen amigo mío que galantemente se presta a dar un escarmiento a mi marido, a quien por cierto no logro ver por ninguna parte.

RAMÓN. —Pero, ¿por qué no me quiere decir quién es su marido?

FRANCISCA —(Sí, está fresco; para que sea su amigo y le prevenga) Porque no hace al caso.

RAMÓN. —Como usted guste; pero, la verdad, que es un papelito el que estoy haciendo que no me conviene mucho representar.

FRANCISCA —Usted dirá lo que quiera. Mas como todos dicen ya que es usted mi marido, pues un buen esposo debe obedecer y callar.

RAMÓN. —(Pero señor, ¿qué lío habrá en todo esto? Y seguramente Mariquita debe saber algo por las palabras que me dijo antes). Señora, pues obedezco.

FRANCISCA —¿Es este el sitio del baño?

RAMÓN. —Sí, señora.

FRANCISCA —Corriente. Me meteré en esta caseta y por el ventanillo observaré. Usted hará el favor de quedarse aquí, y persona que se acerque, me llama usted la atención.

RAMÓN. —Así lo haré. Pero observe que hace aquí un sol de

justicia. Que voy a estar expuesto a un recalentamiento cerebral.

FRANCISCA—Pues al agua, patos. (*Se mete en la caseta.*)

RAMON. —Yo aquí me fundo con este sol.

FRANCISCA—¿Viene alguien?

RAMON. —Todo está en calma.

FRANCISCA—Ahora parece que corre un poco de brisa.

RAMÓN. —Sí, hay brisas compasivas. ¡Gente a la vista!

FRANCISCA—¿Hombre o mujer?

RAMON. —No lo puedo precisar. Hasta ahora solo se ve a un sombrero andando.

FRANCISCA—Déjese de bromas y observe.

RAMÓN. —(Y me manda como si fuera su marido de veras.)

CÁNDIDO. —(*Sale por la derecha.*) Con este pavero y este trajecillo estoy más fresco que un mantecadito a la vainilla. ¡Te chinchas, don León, no me conoces! ¡Resola! Peregil puesto al sol, como los higos. A este si puedo darme a conocer.

(*Francisca llama la atención a Ramón por la figura del bañero.*)

RAMÓN. —¡Es un bañero! No hay que preocuparse.

CÁNDIDO. —(Y que me toma por un bañero de verdad. Voy a gastarle una broma.) (*Se aproxima a Ramón y le dá un golpe.*)

RAMÓN. —Oiga usted estúpido, ¿qué confianzas son estas?

CÁNDIDO. —¡Pero no me conoce usted?

RAMON. —¡Demonio! ¡El amigo Cándido Palomo!

FRANCISCA.—(¡Mi marido! ¡Has caído, Candidito! Este es el momento de mi venganza.)

RAMÓN. —¿Pero cómo usted así?

CÁNDIDO. —Ya ve usted, combinaciones...

RAMÓN. —¿Alguna otra aventurita como la mía?

CÁNDIDO. —Claro. Me he puesto este traje de bañero para poder ver, oir, oler, gustar y tocar...

RAMON. —Muy ingenioso.

CÁNDIDO. —¿Verdad que sí? ¿Y la casadita?

RAMON. —(*Con misterio.*) Ahí la tengo.

CÁNDIDO. —¿En la caseta?

RAMON. —Sí, querido Palomo.

CÁNDIDO. —Convenga usted conmigo en que hay cada marido que por lo voluntarios merecían un distintivo.

Y es lo que yo digo: pero ¿es que no les dolerá la cabeza? Los hay predestinados.

RAMÓN. —Ya ve usted.

CÁNDIDO. —¿Y qué hace ahí, tan metidita?

RAMÓN. —(¿Qué le digo yo a éste?) Leyendo.

CÁNDIDO. —¡Rocambole! ¿Y cuándo hacen ustedes esa excursión por ferrocarril?

RAMÓN. —Ya he tomado los billetes; pero de ida y vuelta.

FRANCISCA.—(¡Qué sorpresa te vas a llevar!)

CÁNDIDO. —¿Y no puede verse a esa monada que tiene usted escondida?

RAMÓN. —Caray, Cándido, no sea usted curioso.

CÁNDIDO. —Ni usted celoso. Mire con qué facilidad puedo verla: como soy un bañero, impunemente puedo abrir la puerta, simulando que busco algo, ¿comprende? La veo y así podré darle mejor la enhorabuena.

RAMÓN. —Hombre, no está mal. Aceptado. Ya, ya verá usted que encanto de mujer. Se va usted a quedar estupefacto.

CÁNDIDO. —Esto va a tener mucha gracia. (*Se dirige hacia el interior de la caseta.*) ¡¡Mi mujer!!

FRANCISCA —Sí, tu mujer. (*Vienen al centro de la escena*.)

RAMON. —(¡Cielos! ¡Su mujer! ¡Yo escapo!) (*Sale de estampía por la izquierda.*)

CÁNDIDO. —¡Ah! ¡Bribonazo! En cuanto que le pille le voy a poner a usted verde, ¡Perejil!

FRANCISCA —¿Te extraña verme, verdad? Luego dicen que los presentimientos! Pues aquí los tienes, bien demostrados por tus mismos labios. Y en cambio allá estaba tu pobre mujer, en el campo, mientras tú, adúltero, pegándomela por aquí y por duplicado, por estas playas. Esto no se quedará así! ¡El divorcio! ¡Mal hombre!

CÁNDIDO. —Mira, yo te explicaré; pero es preciso que tu también me expliques... por qué esta mañana has estado metida en el cuarto de ese sinvergüenza.

FRANCISCA—Quien no tiene coco, no tiene miedo. Esta mañana vine a buscarte; me encontré con una antigua amiga mía que está en el hotel, a la que pregunté por tí, contestándome, así, de sopetón, que tú eras un sinvergüenza; que te divertías constantemente ha-

ciendo el amor y otras cosas a todas; y yo, para darte celos, inventé esta aventura.

CÁNDIDO. —¿Y nada más?

FRANCISCA —Te juro que nada más.

CÁNDIDO. —Basta, Francisquita de mi alma. Te perdono el mal pensamiento.

FRANCISCA —¿Pero qué es eso de te perdono, te perdono? ¡Si la que tiene que perdornar soy yo!

CÁNDIDO —Cuanto te han contado, es mentira.

FRANCISCA —¿Y lo que yo he oído? ¿Lo que has referido a tu amigo?

CÁNDIDO —Ese majadero no es amigo mío

FRANCISCA —Bueno, lo que sea. ¿Pero qué quiere decir ese traje de bañero?

CÁNDIDO —(¡Es verdad!)

FRANCISCA—Vamos, dí, contesta.

CÁNDIDO. —Te diré... yo he mentido.

FRANCISCA—¿Cómo? Y te atreves a...

CÁNDIDO —Lo que oyes. Yo, desde que llegué aquí, estoy en un sobresalto contínuo. Y sin saber por qué. Figúrate que hay un señor que sin decir puño va, me arreó una bofetada, que sonó más que la palmada de un jefe de *claque*, y mira, con la categoría de cardenal. Pero el insaciable bárbaro me persigue con un revólver, y donde quiere que le presente el blanco, me lo va a poner negro. He aquí el busilis del difraz.

FRANCISCA—Pero eso tendrá su explicación; será por algo.

CANDIDO. —Sí, por una jamona. Cuando llegué aquí, tropecé con una señora metida en carnes, algo amortadelada, que sin saber por qué empezó a hacerme señas. Yo no la hice caso, y sin duda, despechada, ha puesto al padre en el disparadero... Ah, mira, por allí viene. ¡Esa es!

FRANCISCA —¿Cuál? ¿Eduvigis Gutierrez, mi amiga? Lo primero que vas a hacer es quitarte esa ropa que yo aquí te aguardo.

CÁNDIDO. —Bueno, ¿pero está todo aclarado?

FRANCISCA—¿Me has dicho la verdad?

CÁNDIDO. —La verdad desnuda.

FRANCISCA —Pues a desnudarte, anda, y dame un abrazo, que te perdono.

CANDIDO. —Gracias a Dios que voy a descansar de estas emociones. (*Váse por la derecha, primer término.*)

EDUVIGIS. —(*Sale por la derecha.*) (¡Caramba, Francisca abrazándose, con otro que no es su marido! ¡Qué tendrá este país!)

FRANCISCA—(¡Ahora verás, vieja insípida!)

EDUVIGIS. —Hola, buena amiga. ¿Cómo has quedado con tu marido? Me pareció que ya os habíais arreglado.

FRANCISCA —Sí; ya nos hemos arreglado.

EDUVIGIS. —Me alegro mucho. Pero es que los hombres cambian de parecer como de traje las cupletistas y...

FRANCISCA—¡Parece mentira que tengas ese descaro!

EDUVIGIS. —¿Descarada yo?

FRANCISCA—Más que descarada.

EDUVIGIS —¿Has perdido el juicio, Francisca?

FRANCISCA —Con que el juicio ¿eh? Ignoraba yo que te dedicases a enamorar a los hombres casados. ¿Crees que no lo sé?

EDUVIGIS. —Pero, ¿qué dices?

FRANCISCA—Lo sé todo; no disimules. Por haberte declarado a mi marido, le has metido en un lío trágico, cuando el pobre es inocente de todo lo que tú mismo me has contado. Y eso no lo hacen las mujeres incorruptas.

EDUVIGIS. —Pero, Frasquita, ¿qué dices?

FRANCISCA—No me hables; déjame en paz y hemos acabado para siempre. ¡Fíese usted de las buenas amigas! Claro, como se te ha pasado ya la edad, no es extraño que intentes atrapar a algún incauto.

EDUVIGIS. —¡Ay, Francisca! Tú estás padeciendo un error. ¡Mira que yo soy inocente; lo juro!

FRANCISCA —¿Inocente? Vergüenza es lo que te da.

EDUVIGIS. —Francisca, como me sigas insultando, te voy a decir las cuatro verdades del barquero.

FRANCISCA —Hemos terminado. Jamás te volveré a dirigir la palabra, ¡vieja chocha! ¡Esperpento flácido! ¡Timadora!

EDUVIGIS —Yo te aseguro que todo eso me lo pruebas o me iré a los tribunales.

FRANCISCA —Váyase usted a... paseo. (*Váse derecha*)

EDUVIGIS —¿Pero qué será este lío?

RAMON. —(*Sale por la izquierda.*) ¡Qué mundo este! Quién había de pensar que esa tontería de mujer es la hembra de Palomo. Ay, Ramón, abre el ojo que te van a dar una de mamporros con vistas a la Santa Sede, que vas a tener cardenales para rato. Por ahora, son dos los compromisos, y en cuanto que él se entere que yo he intentado y tentado...

EDUVIGIS. —(¡Hombre, su marido!) Sabía que era usted un libertino, una mala cabeza; pero no tanto. Por un pelo... no nos hemos agarrado del moño su mujer y yo, ¡rebribonazo!

RAMÓN. —(¿Otro lío?) Bueno, y ¿a mí qué?

EDUVIGIS —Ah, ¿pero le tiene sin cuidado?

RAMON. —Completamente, señora.

EDUVIGIS —¿Y tampoco le importa el que su mujer, esa amiga ingrata, se haya abrazado con otro hombre que no era usted, hace un momento? Y eso lo he visto yo aquí mismo.

RAMON. —Pues que les haga muy buen provecho.

EDUVIGIS. —(Los hay que hielan.) Hombre de Dios, veo que anda usted mal de la cabeza...

RAMÓN. —Mire, no admito líos. (A mí lo que me interesa es saber en dónde estará don León.)

EDUVIGIS. —Está usted pidiendo a voces una Verónica, para encomendarse.

RAMÓN. —Ea, beso a usted los pies. *(Váse por la derecha.)*

EDUVIGIS.—¡Oh, Eduvigis! ¡Vaya un veranito! (*Váse por la izquierda.*)

DALMAU. —(*Sale por la derecha.*) Si hubiera sabido que yo, después de veinte años de corredor, había de pasar estas fatigas corriendo *peu* tras *peu*, tras un cliente sin conseguir *res*, a cualquier hora vengo yo aquí. ¡Redeu! Porque es la veritat que yo soy corredor de alhajas, pero no galgo. Ea, descansaremos un poquet mientras tanto se descubre este lío.

LEON. —*(Sale por la derecha.)* Nada; no puedo dar con ese baboso de Palomo ni con prismáticos. Ya le veré, y cuando le eche mis niñas encima, me pierdo; ¡seguramente me pierdo! ¿Hombre, aquí otra vez el terrible bombero?

DALMAU. —(¡Badalona! Este es el que al verme ayer salió corriendo.) Bona esprá, señor.

LEON. —(Supongo que me saluda. Demostraré valor.) Téngalas usted muy buenas.

DALMAU. —(Que mal educados están aquí todos!

LEON. —¿Usted busca a un hombre?

DALMAU. —Aixó es la veritat; a uno que tengo anotado...

LEON. —¿Que le tiene anotado?

DALMAU. —Sí, señor; mas no puedo entenderme con él, porque cada vez que voy a darle...

LEON —(Este me dá.) Claro...

DALMAU. —¿Cómo que claro?

LEON. —Naturalmente. Como que ahí, dentro de ese maletín, lleva usted cosas de mucho cuidado...

DALMAU. —Veritat. Cosas de mucho cuidado; y si me las descubrieran o me las quitaran, me habían perdido para siempre.

LEON. —(Y no se oculta en decirlo.) Pues yo busco a otro hombre para hacer lo mismo que usted.

DALMAU. —¿Para qué? (¿Será también joyero?)

LEON. —¡El! ¡Ahora sí que no se me escapa! *(Vase corriendo por la derecha.)*

DALMAU. —Aquí tot lo mond corre vertiginosamente. *(Por la derecha salen Bañero 1.° y 2.°)*

BAÑERO 1.°—(Este debe ser, Elizondo.)

BAÑERO 2.°—(Afina bien el puño, pues.)

BAÑERO 1.°—(Algo le diremos antes, y así alevosos no seremos.)

BAÑERO 2.°—(Le preguntaremos por la familia.)

BAÑERO 1.°—(Adviértote que me da mucha lástima pegar a este hombre que nada nos ha hecho.)

BAÑERO 2.°—(A mí también; pero tenemos que acreditar las 12'50 que nos corresponde a cada uno.)

BAÑERO 1.°—(Mira, le daremos cuatro tortas. ¿Parécete bién?)

BAÑERO 2.°—(Y a cómo salen?)

BAÑERO 1.°—(¿Cada torta? Pues a 24 reales cabales..)

BAÑERO 2.°—(Ea; menos palabras y manos a la obra, y cuando le amarremos lo metemos en la caseta.)

BAÑERO 1.°—Caballero... venimos a darle a usted... una noticia...

BAÑERO 2.°—Una noticia algo fuerte...

DALMAU. —(¿Qué será?) Venga; yo estoy dispuesto...

BAÑERO 1.°—(Oye, que está dispuesto. Afina, pues.)

BAÑERO 2.°—Usted perdone...

DALMAU. —¿Pero qué aguardan vostés?

BAÑERO 1.°—¡¡Duro!! *(Golpeando a Dalmau.)*

DALMAU. —¡Ah, salvajes! ¡Esto es una encerrona! *(Le meten en la caseta y se traen el maletín).* ¡Me han pegado! ¡Me han robado! ¡Me han perdido! ¡Cuidado con el maletín, que hay objetos delicados dentro!

BAÑERO 1.°—Creo que le hemos dado una torta demás.

BAÑERO 2.°—Perdí la cuenta. Pero, ¿qué hacemos con el maletín éste?

BAÑERO 1.°—Pues... mira, por allí vienen los paganos.

BAÑERO 2.°—Entregarémosle a ellos, pues.

(Por lo izquierda salen Plum, Pepito, Príncipe y Kake).

PLUM. —¡Albricias! ¡Es nuestro, Príncipe!

PRÍNCIPE. —¡Gracias, Dios mío!

BAÑERO 1.°—Cumplida promesa; ahí va eso. *(Queriendo entregar el maletín.)*

PLUM —¡No! Llevad mucho cuidado.

DALMAU. —Señores, yo les explicaré. Ante todo, lleven cuidado, sí, con lo que va dentro.

PLUM —¡Ya! ¡Ya! No te apures.

BAÑERO 1.°—Pues ¿qué hay aquí?

TODOS. —¡¡¡Una bomba!!!

DALMAU. —(Pero, ¿qué dicen?)

BAÑERO 2.°—Al mar con él, Elizondo.

DALMAU. —¡Por la Virgen de Monserrat, no! Yo aclararé. Per Deu, no le tiren. ¡Déjenme salir y aclararé!

PRÍNCIPE. —¡No! ¡No! Que no salga. ¡Mi real vida peligra!

PLUM. —Yo creo que no dejándole el maletín..

PEPITO. —Interroguémosle.

KAKE. —Es lo más acertado.

PLUM. —¡Abranle! ¡Pero no le suelten!

BAÑERO 1.°—¿Cómo saldrá esta fiera?

BAÑERO 2.°—Berreando.

BAÑERO 1.° ¡Guernikako! ¡Afina el puño, pues!

DALMAU. —¡Redeu! Mi maletín!

PLUM. —¡Que no lo coja!

DALMAU. —Pero, ¿por qué no he de cogerlo?

PRÍNCIPE. —¡Este anarquista es muy tenaz!

DALMAU. —¿Quién es el anarquista?

TODOS. —¡¡¡Usted!!!

DALMAU. —¿Yo? ¡Qué voy a ser yo!

PLUM. —Entonces, ¿por qué persigue usted con tanta insistencia al Príncipe de Guisanteberg?

DALMAU. —Para colocarle una joya; porque yo soy joyero, corredor de alhajas, ¿sabe?

PLUM. —(Con razón decía yo que este hombre era corredor.)

DALMAU. —Represento a la Casa Fresquet, Chelat y Compañía de Barcelona, con sucursales en Tarrasa, Bordeta, Barceloneta, Mollerusa y Palme de Mallorca.

TODOS. —¡Acabáramos!

PRÍNCIPE. —Oh, simpático barcelonés, mandatario de Fresquet, Chelat y Compañía, ¿con que usted no me persigue con ánimos mortíferos?...

DALMAU —¡Quiá, no señor! Me dedico a la venta de alhajas, y aquí llevo preciosos, valiosos y relucientes collares. Porque las propiedades de las joyes de Fresquet, Chelat y Compañía por lo acabadas, ¿sabe? son las más privilegiadas entre sus similares por su color claro, relusiente, sorprendente, que las hase mes superiores que totes las demás...

PLUM. —(Descansaremos, pues, como diría alguno de estos bañeros.)

KAKE. —Adiós, Melquiades. *(Por Dalmau.)*

PEPITO. —¡Buena plancha nos hemos tirado.

PLUM. —Esto no tiene importancia.

CANDIDO. —*(Sale precipitadamente seguido de Francisca y trata de guarecerse con los que están en escena.)* ¡Sálvenme ustedes! ¡Un hombre quiere matarme!

FRANCISCA —¡Sí, sálvenle! ¡Pobre Cándido!

PEPITO. —(¡Calle, el tío del beso!)

LEÓN. —*(Sale con un revólver y apuntando a Cándido.)* ¡Quítense, que disparo!

CÁNDIDO. —¡Sí! ¡Qué dispara!

PRÍNCIPE. —Pero... ¿qué pasa ahora? ¿Es a mí?

DALMAU. —¿Todavía continúan las carreras?

LEÓN. —Venga usted acá; voy a matarle a los pies de mi desdichada hija.

(Salen por la derecha Mari, Filo, Rosita, Eduvigis y Camarera.)

MARIA. —¡Papá, si éste no es mi Cándido!

LEON. —¡Qué ha de ser tuyo, después del beso!
MARIA. —¡No, no; que no es mi novio, ni es Palomo!
CÁNDIDO. —Eso es. Yo no soy su novio; pero sí que soy Palomo.
LEON. —¿Lo ven ustedes?
MARIA. —¡No lo es!
ROSITA. —¡No!
FILOMENA. —¡Claro que no!
EDUVIGIS. —¡No, señor!
CÁNDIDO. —¡Pero señores...! ¿Sabré yo cómo me llamo?
MARIA. —Papá; este caballero ni me ha besado ni tiene nada que ver conmigo ni yo con él. *(Dirigiéndose a la camarera.)* ¿Usted no le dió una carta al Sr. Palomo, de mi parte?
CAMARERA —Sí, señorita; ayer.
CÁNDIDO —Claro, la de los guiños.
EDUVIGIS. —¡Y dale!...
RAMÓN. —*(Sale por la izquierda.)* (Se conoce que todo está arreglado.)
MARIA. —¡Este; este es Cándido Palomo!
FILOMENA — ¡El! ¡El es!
EDUVIGIS. — ¡El! ¡El es!
ROSITA — ¡El! ¡El es!
CÁNDIDO. —¿Quién? ¿Peregil, Palomo? No, señor.
MARIA. —Sí papá; éste es quien me dió el beso estando casado
EDUVIGIS. —Claro; y esa mujer es la suya.
MARIA. —¡Ah, miserable!
CÁNDIDO. —¡Qué ha de ser la suya, señora! Esta mujer es la mía.
TODOS. —¡La suya!
RAMON. —¡Natural! Si yo estoy soltero.
LEON. —De modo que el besucón es este? *(Por Ramón.)* ¡Ah, pillo!
RAMÓN. —¡Sujetadle!
PLUM. —Vamos a ver, señores, que nos vamos a volver locos. ¿Es usted Cándido Palomo? *(A Cándido.)*
CÁNDIDO. —De arriba a bajo.
PLUM —¿Y usted? *(A Ramón.)*
RAMON. —Ramón Peregil de Aragón.
PLUM —Pues ¿cómo le llaman a usted Palomo?
MARIA. —Porque él mismo me dió su tarjeta. Esta es.
RAMÓN. —¿Yo?
CÁNDIDO. —¿A ver? ¡Si es la mía!

RAMON. —Callen... callen. Ya comienzo a vislumbrar... ¡Claro! (*Sacando la cartera del bolsillo.*) Aquí me falta la tarjeta que usted me dió cuando nos conocimos, y sin duda, distraidamente, fué la que le entregué a la señorita de Berruga.

CANDIDO. —¡Canastos! Amigo, podía usted haber tenido más cuidado y me hubiera yo evitado este cardenal. (*Señalándose la cara.*)

PLUM. —Ya está todo explicado.

CÁNDIDO. —La parte de mi culpa la tiene esa señora, que no ha cesado de timarse conmigo.

EDUVIGIS. —Oiga usted, caballero, sepa usted que padezco un «tic» nervioso en los ojos.

CÁNDIDO. —¡Recórcholis! Usted, perdone, señora; pero es que hay «tiques» la mar de expresivos, y el de usted es de los que comprometen.

RAMÓN. —¡María!

MARÍA. —¡Palomo, digo, Peregil!

LEÓN. —Bueno, ustedes se casarán, ¿eh? *Dirigiéndose a Ramón y a María.*)

RAMÓN. —Con mil amores. Sí, señor.

BAÑERO 1.° —Elizondo, vámonos, pues.

BAÑERO 2.° —Esto arreglóse bien. (*Vánse por la derecha.*)

PRÍNCIPE. —Yo apadrinaré a estos tórtolos. (*A Dalmau.*) Abre sin miedo ese maletín, y la mejor pulsera que poseas es para la novia.

DALMAU. —(*Sacando un estuche del maletín.*) Esta, señor, esta. Sus propiedades de luz, de valor...

PRÍNCIPE. —Calla ahora, hombre. Toma, gentil doncella.

MARÍA. —Gracias, padrino, gracias.

CÁNDIDO. —¡Ea, todo arreglado! Ahora debemos marchar a comer, que con tanta carrera he adquirido un apetito feroz.

ROSITA. —Sí, sí, todos juntos.

PEPITO. —¿Y a dónde?

CÁNDIDO. —Pues... ese violín nos lo está diciendo: (*Dentro tocarán unos violines la canción «A la orilla de la mar»*): ¡A LA ORILLA DE LA MAR!

TELON.